

Heliodora



SILVIA SANZ

UNIVERSO
de LETRAS

A ti que me abriste por primera vez las puertas de la casa y me dejaste que volviera a ella cada vez que necesitaba sentir cada uno de sus rincones llenándome de inspiración. Y a vosotras que me acompañasteis capítulo a capítulo animándome a seguir adelante.

Y sobre todo a mis dos tesoros, Ana e Ignacio, que son la inspiración de mi vida y quienes me dan la fuerza para seguir adelante cada uno de mis días. Os amo.

Silvia Sanz

HELIODORA

UNIVERSO
de LETRAS 

Heliadora
Silvia Sanz

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Silvia Sanz, 2017

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com
universodeletras.com

Primera edición: Julio, 2017

ISBN formato papel: 9788417139193
ISBN libro electrónico: 9788417037758

Capítulo 1

Nuevos tiempos

Pude sentir dolor en todos mis huesos.

Haber dormido en ese viejo colchón tirado en el suelo, pasó de ser una idea de lo más melancólica a una penitencia a lo largo de la noche, eran mis primeras horas en la casa, qué ganas tenía de que este momento llegara, ahora sí puedo decir por fin, que es mía, y no me importaba pasar estos instantes de cualquier manera.

Habían sido muchos meses tortuosos los que habían pasado hasta que ayer, finalmente, firmé la escritura y me hicieron entrega de la llave. Era preciosa.

Bueno preciosa, era y será, porque la verdad es que ahora mismo es un montón de trastos viejos, corrijo mi pensamiento, trastos antiguos, paredes quebradas, tejados caídos y ventanas y puertas descolgadas. Nada de esto puede desanimarme, al contrario, llenan mi cuerpo y mi mente de una energía interior como nunca antes había sentido.

Por dónde empiezo, poco puedo hacer con las herramientas y enseres de limpieza que aquí tengo. Al menos algo de agua hay, Pude adecentarme un poco y, decidida, salí a comprar lo que necesitaba; pero antes, un café me terminaría de despertar.

Tuve que andar un largo tramo hasta encontrar un bar, entré y sentí como los tertulianos del lugar se giraban para mirarme, pude leer en su mente un pensamiento.

—Esta es forastera.

Pedí que me pusieran un café con leche, largo de café con la leche templada y en vaso de caña. El camarero se tomó su tiempo para servírmelo, quizá fueron demasiadas peticiones juntas.

Lo acompañé con una buena tostada y un vaso de zumo. Ahora sí, cuerpo y alma estaban preparados para afrontar este magnífico día.

Mientras desayunaba, observé a los tertulianos, al camarero, la decoración. Todo parecía estar totalmente armonizado, hasta el olor a aceite usado que, salía de la cocina acompañaba a aquella estampa que sin llegar a ser gris, la calificaría de verde caqui, muy propia del ambiente cazador y campero que todo transmitía.

No muy lejos de allí, encontré una tienda. A primera vista, nunca hubiera imaginado que fuera tan grande y tuviera tantas cosas, pues al pasar por delante solo se veía la puerta de entrada. De no haberme fijado en que una mujer salía con una barra de pan, habría pasado pensando que era la entrada de una vivienda.

Todo cuanto en principio necesitaba aquí lo tenían: cepillo, recogedor, fregona, cubo, bayetas, limpiacristales... Estaba tan emocionada... Mientras deambulaba por la tienda, sentía que las mujeres que allí estaban me observaban, con la misma sensación que había experimentado con los clientes del bar:

—Esta es forastera.

Ya se acostumbrarán a mi presencia, pensé. Me dirigí a la caja, espere mi turno y pagué.

Regresé a mi casa, dando un paseo muy tranquilo y admirando cada una de las viviendas que iba dejando a mi paso. Todas encaladas, con sus rejas pintadas en negro, algunas de ellas tenían grandes puertas falsas de madera, que en otros tiempos habían servido para dar entrada a los carros y caballos a los patios interiores. Me quede un rato admirando uno de ellos que, al pasar, tenía las puertas abiertas y me dejaba apreciar grandes macetas de hortensias de diferentes colores al fondo, y un gran laurel, que casi daba sombra a todo el corral.

Mi casa, cómo me gustaba esa idea. Me la repetía una y otra vez, para grabarla a fuego. Recuerdo cuántas veces me habían dicho que estaba loca, que cómo podía invertir en esa ruina todos mis ahorros, que era tirar el dinero. No quise escuchar a nadie, no hice caso de nadie ni de nada, solo a mi corazón y él me decía que debía comprarla, que mi futuro y mi felicidad estaban ligadas a esa casa de una manera que aún no puedo entender, pero es algo que estoy segura descubriré.

Ahora viene la pregunta del millón.

¿Por dónde empiezo?

Tengo todo el viernes y el fin de semana para elegir aquella zona de la casa dónde voy a vivir a partir de ahora. Estoy casi segura de donde voy a ubicarme, hay dos habitaciones contiguas, una más grande que la otra, y aunque mi primera idea fue elegir la mayor, decidí que debía usar la pequeña; estaba justo al lado del baño y de la puerta del patio.

¡Cómo me gusta ese patio!

Por un impulso, cogí el cepillo y de manera casi inconsciente salí a la puerta de la calle y me puse a barrer la acera. Yo misma me sorprendí realizando aquel trabajo, no recuerdo que fuera una prioridad en ese momento, pero de forma casi natural, como si de una costumbre innata se tratara, barrí toda la acera que bordeaba mi casa. Mientras lo hacía, pude ver cómo detrás de una ventana de la casa de enfrente una anciana mujer me observaba. No podía verla muy bien, pero sabía que estaba allí, mirando.

De la misma forma casi inconsciente, llené varios cubos de agua y los eché en la acera para terminar de limpiarla. Ahora sí, ahora podía empezar dentro.

Enrollé la persiana de láminas de madera, y anudé la verde cuerda a una alcayata que parecía estar colocada en un lateral de la ventana para ese menester. La abrí con sumo cuidado, vigilando que no se descolgara de las bisagras, las repasé una por una y las engrasé, ya podía abrir y cerrar con tranquilidad y sin producir ese intenso ruido que resonaba por todas partes.

La limpié con sumo cariño, no importaba cuánto tiempo me iba a llevar adecentar este cuarto, sino que cada movimiento, cada cosa que tocaba o limpiaba fuera recobrando la vida y el lustre que en otros tiempos había tenido. No siento que esté limpiando, es más una sensación de estar restaurando. Y eso me hace sentir muy feliz.

Tenía desalojada toda la habitación y me postré de rodillas para fregar el suelo y ver de cerca el magnífico mosaico con que estaba decorado. O, al menos, a mí me lo parecía. Decidí hace tiempo no justificar el por qué hacía o dejaba de hacer las cosas, o de por qué pensaba una cosa y no otras más afines a la educación que me habían dado.

Si a mí me gustaba ese suelo y me parecía espectacular, nadie iba a venir a convencerme de lo contrario. Lo limpié con sumo cariño, con delicadeza, apreciando cada una de las tonalidades, y de las formas geométricas que lo forman. He acabado. Me quedé de pie en el quicio de la puerta observando la habitación y disfrutando con montones de imágenes que llenaban mi cabeza de cómo iba a decorarla.

Vamos a por el baño, me dije. Ni mucho menos experimenté la misma sensación al limpiarlo que me había producido el cuarto. Era evidente que nada tenía que ver con el resto de la casa y que se había construido con posterioridad al resto de las estancias, y seguramente obligado por las necesidades. No había nada en él que me llamase la atención, era meramente un lugar necesario que no me aportaba nada más que su función vital, y que tenía claro que remodelaría y le daría un aire más coqueto y rural. Desde luego que los azulejos verde agua iban a desaparecer, así como el resto de enseres que hacían juego en tonalidad. De momento es lo que hay y por salud e higiene tenía que limpiarlo a fondo.

Una vez había terminado, salí al patio y busqué lo que en alguna ocasión se me había hecho ver. Como si de un macetero se tratase, en uno de los rincones habían quedado tirados varios trozos de lo que en su tiempo debió ser una tinaja y en la tierra allí acumulada había crecido una gran cantidad de hierbabuena. Arranqué un ramillete y lo puse en agua en un pequeño jarroncito que había encontrado en el recibidor.

La coloqué en el baño, junto como mis enseres personales. Es increíble cómo un pequeño detalle puede hacer que cambie por completo la apariencia de un lugar. Y qué agradable olor.

Sentí cómo mi estómago se retorció causándome un leve dolor. Miré mi reloj y me sorprendí de la hora: casi las cuatro de la tarde; debía comer algo y recobrar fuerzas, pues aún me quedaba mucho que hacer. Tocaba bajar las cosas de la furgoneta, no me apetecía dejar por más tiempo mis pocos muebles dentro, y si podía vaciarla hoy, o al menos mañana por la mañana, podría devolverla a la casa de alquiler de vehículos antes del lunes y ahorrarme un dinero, que con todos los gastos que iba a tener, no me iba a venir mal, pensé.

Entonces y solo entonces, me di cuenta de un pequeño detalle: no tenía cocina. Cómo pensaba subsistir todo ese tiempo hasta que la casa estuviera reformada. No se trataba de uno ni de dos días, como poco son seis meses. Ya contestaré a esa pregunta más tarde, salí y volví al mismo bar donde había desayunado por la mañana, me tomé una cerveza y un pincho de tortilla, que me supieron a gloria. Para no encontrarme en esa misma situación, me acerqué a la tienda, compré para cenar un poco de pan, queso, algo de fruta y agua. *Está bien, mañana ya veremos*, me dije.

Acerqué todo lo que pude la furgoneta a la puerta, y poco a poco y sorprendiéndome de mi propia fuerza, fui descargando todo lo que allí tenía. Una tras otra coloqué mis pertenencias en el pequeño cuarto, intentando darle un toque confortable y acogedor. Por fin el detalle que le faltaba, la mecedora que desde pequeña me había acompañado, el mayor de mis pequeños tesoros. Esta mecedora había pasado de mi bisabuela a mi abuela, y de mi abuela a mi madre, y de mi madre a mí. Y estaba en mi pensamiento que si el día de mañana, la vida me daba el regalo de tener una hija, se convertiría inmediatamente, en la natural heredera. La coloqué al lado de la ventana, y muy despacio, me senté en ella y la balanceé con un suave vaivén que de haber continuado me hubiera llevado al sueño.

Fue entonces cuando me di cuenta de la hora que era, las once de la noche. Apenas había parado en todo el día y el cansancio me invitó a darme una ducha, fría. *Esto habrá que solucionarlo, vale que no tenga cocina, pero ¿agua caliente?*, sin duda tenía que arreglar esto pronto.

Tomé un poco de la comida que me había comprado y no tardé mucho en dejarme caer en la cama y quedarme dormida. Mañana será otro día.

Capítulo 2

La vida continúa

El gallo del tío Eulogio, como cada mañana me avisaba de que era hora de levantarse, que la jornada empezaba, y que era mejor que no me demorara en la cama.

Cepillé mi pelo y lo recogí en un moño bajo, acabando así la rutina de cada mañana. Me dirigí al patio, cogí la escoba y salí a la puerta de la calle. Ya tenían que haber pasado tractores con las alpacas, porque estaba llena de pajas que, por más que acompañaba para recogerlas, revoloteaban por la leve brisa de la mañana, convirtiendo esta simple labor en un trabajo desesperante. Lancé dos cubos de agua sobre la acera, y observé como corrían calle abajo hasta pararse frente a la puerta de “la Tomasa”.

Lo siento por ella.

Pero no podía dedicarle más tiempo a esa ingrata labor.

Me coloqué el mandil blanco, de anchos bordados, y lo anudé a mi cintura mientras me dirigía al horno. Destacaba sobremanera, encima de las negras vestiduras que el luto me obligaba a llevar. Aún recuerdo el día que me lo regaló Doña Aurora. Era el día de mi dieciocho cumpleaños. Y me lo entregó como si, con él me estuviera haciendo entrega de un legado milenario.

—Espero que te guste y que te acompañe durante muchos años de tu vida, y lo luzcas con mucha gracia.

Nunca hubiera imaginado que se trataba de un delantal. Hubiera preferido cualquier otra prenda, que pudiera lucir en la plaza del pueblo y que fuera la envidia de todas mis amigas. Lo que en su momento me trasladó una pequeña decepción, hoy en día, se había convertido en una de mis prendas habituales y que consideraba me aportaba un aspecto reluciente y hasta señorial.

Blasco y Jacinto ya llevaban a pie de horno varias horas amasando y preparando los tableros para hornear el pan. Desde siempre me había gustado el olor que salía de la tahona, y la ligereza con que se metían y sacaban las bandejas del horno y se ponían a enfriar. Pronto daría la gente en venir, los pedidos del día anterior ya estaban casi a punto. Mientras se terminaban de hornear, yo organizaba el mostrador, limpiaba el suelo y los cristales y lo dejaba todo impoluto, para que nadie avistara ni una mala mancha, ni una mota de polvo. No sería la falta de limpieza lo que diera conversación a mis vecinas, que bien les gustaba meter los hocicos en los asuntos ajenos, y no sería

yo quien se lo pusiera fácil, bastante habían tenido para husmear estos meses de atrás. Les había dado horas de chismorreos sin que pudiera evitarlo. No se trataba de un lugar muy espacioso. La puerta de madera de doble hoja daba paso a un cuarto de poco menos de cuatro metros cuadrados, que te embriagaba con el olor a pan, a canela, a limón y a anís, que te incitaba a probar todos y cada uno de nuestros productos, las roscas, las perrunillas, las galletas y qué decir de nuestros panes, con su miga bien apretada y la corteza crujiente.

A partir de ahora todo iba a cambiar. Ahora el ama de la casa era yo, y yo decidía quién entraba y quién salía de mi casa. Lo que se hablaba y lo que se callaba.

Ahora estaba sola, a cargo de la tahona, de la casa, de las tierras y de mis hijos. No es que hasta ahora hubiera tenido ayuda de algún tipo, porque una cosa era lo que parecía de puertas para afuera y otra muy diferente lo que se vivía entre esas paredes.

Mi marido, que en paz descansa, era muy santo y muy bueno para todo el mundo, para todos tenía tiempo y para todos estaba siempre dispuesto. No para su mujer y sus hijos. Poco tiempo pasó desde el día de la boda hasta que entendí y comprendí el tipo de marido que tenía y al que había ligado mi vida. Por el día bien aparentaba quién era el que trabajaba, y ocultaba quién era la mula de carga. Y por la noche, animado por una o dos botellas de vino, después de haber ganado o perdido en el juego, me tomaba sin más ánimo que descargar sus ganas de mujer y conseguir, en pocos tiempo, preñarme año tras año hasta parir los seis hijos que Dios me dio, de los cuales cinco me quedan hoy. Y los que no echarán en falta la presencia de un padre, pues no lo conocieron nunca como tal, ya que era tan poco el tiempo que pasaba con ellos, que solo le mantenían el respeto, por no despertar en él la fiera que calmaba con golpes y guantazos y que por evitar que los sufrieran ellos, paraba yo en mi cuerpo. *Dejémonos de lamentaciones, pues lo pasado, pasado está y en el pasado se queda*, lo importante a partir de este momento era mantener todo aquello como si nada hubiera ocurrido, y olvidar los hechos que aquella, ya lejana noche acontecieron.

Andaba liada en el almacén contando existencias de harinas y levaduras, cuando vi que mis hijos se encaminaban uno tras otro a la cocina. Puesto estaba el puchero del café y no faltaba pan del día anterior que podían reblandecer en los tazones y tomar un buen desayuno.

Cada uno tenía asignado un trabajo principal al menos por la mañana: Juan y Manuel se encargaban del campo, Luis y Antonio, lo hacían de la bodega y el reparto y Manuela atendía las labores de la casa a las que yo no llegaba por atender al público. Ninguno lloró más de un día, como tampoco lo hice yo. Asumimos lo ocurrido y aceptamos la posición en la que la vida nos había colocado, y aunque no era mi costumbre tener mano dura, sí debían saber desde un primer momento quién

mandaba en la casa por lo que me fue preciso agudizar el genio y mantener una distancia entre el cariño y el respeto para que no confundieran ternura con debilidad y creyeran que me podrían avasallar.

No tardaron en darse cuenta de ello, y donde antes había un beso, ahora solo quedó un saludo, y donde antes había un abrazo quedó una simple mirada. Si bien mi corazón echaba en falta esos momentos, creí conveniente mantenerme firme y apartar cualquier gesto que pudiera poner en peligro la jerarquía por mí establecida.

Esta actitud se extendía, por supuesto, a los trabajadores, clientes y proveedores que abastecían la panadería. Bien es verdad que estaban acostumbrados a tratar a diario conmigo, y que era conmigo con quien echaban cuentas y tratos, pero la sombra de mi marido era larga y más aún la fama de su genio, y nadie quería entrar en conflictos con él.

No podía permitir que se perdiera ese respeto, no quería que me tuvieran miedo, pero sí que tuvieran claro que en lo que al negocio se refería, todo seguía igual y haría cumplir cada uno de los acuerdos que hasta entonces teníamos hablados. Sabía que, además, debía convencerles de que siempre había sido quien había estado al cargo. Antes lo imaginaban, pero ahora había que demostrarlo.

Con esa determinación giré el cartel para mostrar que estaba abierto, y poco tardaron en entrar los primeros clientes. A veces a oleadas y otras a goteo, pasaron las horas hasta que llegó el tiempo de la comida, eché el cierre y revisé las existencias, no haría falta más pan para hoy, aprovecharía las horas previas a empezar a hornear los pedidos del día anterior para cocer perrunillas, bollos y demás dulces que también vendíamos y que a ratos, cuando el mostrador quedaba vacío, amasaba y preparaba para su cocción. Era un trabajo que me gustaba, pero me producía un fuerte dolor de espalda y de manos que solo unas buenas friegas de alcohol de romero antes de acostarme conseguían calmar. A pesar de todo ello, era un trabajo que me agradaba, mucho más que atender al público. Me gustaba colocar las orzas con todos los ingredientes alrededor para tenerlos a mano. Los huevos, el azúcar, la harina, y mi ingrediente secreto: el zocondoco. Era lo que le daba a mis perrunillas esa textura y sabor inigualables. Batía los huevos de forma enérgica para que se oxigenasen y, poco a poco, iba añadiendo el resto de ingredientes, siempre en el mismo orden y amansado poco a poco, con mis manos y sabiendo al tacto si necesitaba más de una cosa o de otra, hasta que le daba la textura ideal. Para a continuación, darle forma entre mis manos y depositarlas en las bandejas, previamente untadas de manteca.

Estábamos todos sentados a la mesa, y Manuela se encargaba de servirnos. Yo la presido. Frente a mí el mayor, y ambos lados se distribuye el resto. Comíamos, sin

apenas mantener una conversación entre nosotros. Los observaba con cierta ternura, consciente de que ya eran unos hombres y que pronto tomarían su propio rumbo. Les di indicaciones para la tarde, había que dar una vuelta por el huerto, regando, recogiendo, y en la panadería cargando sacos de harina, moliendo el pan duro, dando de comer a los animales. Mientras, Manuela y yo salimos al patio y tras coger varios cubos de agua del pozo, nos dispusimos a hacer la colada. Restregábamos contra la tabla los calzones de los hombres y sus camisas, que pasábamos de un cubo a otro para aclararlos; continuamos con las camisas y enaguas, y tendimos al sol en las cuerdas dispuestas a un lado del patio, donde recibían los rayos del sol y el aire cuando lo había. El alero del tejado las cubría lo suficiente para evitar que se mojaran en caso de lluvia.

Volví al horno y Manuela se quedó en la cocina al cargo de su limpieza, y de organizar las viandas que hicieran falta. Mañana tendría que ir al mercado a comprar y debía tener claro que era lo que se necesitaba.

Cada uno seguimos enfrascados en nuestros menesteres hasta que el sol cayó en el espacio. Los hombres fueron llegando, dejando en la despensa cajones de tomates, pepinos y pimientos recién cogidos del huerto, huevos y albaricoques. Fueron aseándose en el patio —desde chicos les había gustado refrescarse con el agua del pozo— y adecentándose para la cena.

Al entrar en la cocina, la mesa ya estaba dispuesta para la cena. Manuela también había cumplido y nos esperaba para empezar. El encuentro transcurrió con más ánimo que al mediodía y las conversaciones fluían animosas y hasta alguna carcajada se pudo escuchar. Mi corazón se reconfortaba, por ellos merecía la pena luchar y darles lo que precisaran.

Una vez recogido todo, los hombres habían salido a echar un rato a la calle. Nosotras nos dispusimos a lavarnos y a acostarnos. Manuela seguía en todo momento mis disposiciones sin poner reparo alguno.

Capítulo 3

Visitas de ayer

— ¿Qué quiere?

Me desperté sobresaltada, con la inquieta sensación de que había una mujer a los pies de mi cama. Me tumbé de nuevo y cerré los ojos, intentando relajar mi respiración y haciéndome consciente de que todo debía haber sido un sueño. Mi corazón recuperaba poco a poco su ritmo normal.

Una vez más tranquila me levanté y me dispuse a iniciar este nuevo día. Igual que ayer y con la misma disposición de quien tiene una rutina adquirida, salí y barrí mi acera, que terminé de limpiar con un par de cubos de agua. Nuevamente sentí que la anciana señora me observaba por su ventana desde la acera de enfrente, lo que me produjo un escalofrío y una sensación incómoda. Creo que debería acercarme a charlar con ella. Me dirigía hacia allí cuando se ocultó y paró en seco mis intenciones de saludarla.

Ya habrá ocasión. Pensé.

Necesitaba un café y encaminé mis pies hacia el bar de ayer. Al llegar me fijé en el nombre: Cafetería Bar Los Laureles. Pedí mi café, largo, con la leche templada y en vaso de caña, una tostada y un zumo. Creo que la sonrisa del camarero al escuchar mi petición significaba que ya no le sonaba extraño y que hoy sería más rápido que ayer. Pero no, se tomó su tiempo como lo hizo ayer, y llegué a la conclusión de que debería ser yo la que me acomodase a su ritmo. ¿Qué prisa tenía? Mientras desayunaba, prestaba atención a las conversaciones que los tertulianos mantenían. Caza, toros, vino y mujeres eran los temas que más proliferaban. Pude adivinar que Fran era el nombre del camarero, lo anotaré mentalmente para próximas ocasiones.

Me di cuenta que tenía que solucionar de manera inminente mi problema de la cocina, volví a casa con ese pensamiento en la cabeza y después de pasar por la tienda de alimentación para comprar algo de comida para hoy. De momento me apañaría día a día así me obligaba a salir y a ir conociendo, al menos de vista a los vecinos.

Cada vez que abría la puerta de mi casa, me invadía una sensación de felicidad, que no podría explicar. Tenía que devolver la furgoneta, pero tenía tiempo. Quería primero echar un vistazo a esa puerta e intentar ponerla en condiciones. Lo primero que hice fue limpiarla a fondo, intentando quitarla todo el polvo que había acumulado a lo

largo de estos años en los que nadie la había abierto. Engrasé las bisagras. Sí, ya abría y cerraba con más suavidad, aunque seguía un poco descolgada y arañaba un poco el suelo. La cepillé un poco y aquello era otra cosa. Rebusqué entre las cosas que había comprado ayer y saqué la pintura negra y la cera para madera. Limpié la forja de los ventanucos que tenía y que permitían la entrada de la luz al zaguán, cogí un trapo y enceré las láminas por dentro y por fuera, y después pinté la forja dándole un aspecto mucho más parecido a lo que había sido en su momento.

Me quede admirándola desde afuera y de nuevo sentí que me observaban. Sin tiempo a que pudiera reaccionar saludé con el brazo a la mujer de la ventana mientras iba hacia ella mirándola fijamente. Cuando llegué a su altura no me dio tiempo a decirle nada. Con expresión de gran sorpresa, me lanzó una pregunta que me inquietó.

— ¿No te da miedo estar sola en esa casa?

¿Por qué habría de darme miedo?; pensé, pero no pude contestarla, simplemente la saludé.

— Buenos días, ¿qué tal está? Mi nombre es Laura y, como ya sabe, soy su nueva vecina, le dije esbozando una de mis mejores sonrisas, y con la esperanza de entablar una banal conversación que me ayudara a saber algo más de esa señora. Al verla de cerca, me producía la ternura que una abuela puede despertar en su nieto.

— Yo soy Leonor.

Y sin más echó la cortina y me dejó allí, parada, delante de la ventana, con una absurda expresión.

Pues sí que es amable la señora, al menos sé su nombre. Pensé...

Entré en mi casa y después de las labores rutinarias: hacer la cama, recoger mi ropa y limpiar el baño. Salí al patio.

Me encantaba, no era capaz de saber de dónde venía aquel intenso olor a rosas, pues allí no había ningún rosal. *Si algún día sé qué vecino es el que lo tiene, no dudaré en pedirle un esqueje, porque tiene un aroma embriagador,* continué con mis cavilaciones.

Vi un montón de piedras que me llamaron la atención y empecé a retirarlas con cuidado.

¡Un pozo! Esto sí que era un descubrimiento. Ya lo veía: mi patio bien blanco con rosales de todos los colores, hortensias, adelfas y mi pozo de donde sacaría el agua fresca para regar. *¡Gracias por este regalo!,* grité mentalmente al universo, agradeciendo este descubrimiento.

Conducía en dirección a la oficina de alquiler de vehículos, para devolver la furgoneta, cuando recordé la pregunta que me había hecho Leonor.

¿No tienes miedo de estar sola en esa casa? ¿Por qué me habría preguntado eso?, quizá la casa tenía una historia negra que la mantenía embrujada. No pude por más que soltar una carcajada al darme cuenta de cómo dejaba a mi mente generar infinitas historias, fantasmagóricas, que bien parecían salidas de películas de terror.

Dejé la furgoneta y recogí mi pequeño coche. De vuelta a casa, vi desde la carretera una fábrica de muebles que me recordó otro problema “vital”. La cocina. En cuanto llegue a casa tengo que ver dónde puedo ubicar una pequeña cocina, para poder subsistir.

Las cinco de la tarde y sin probar bocado. Me comí una pieza de fruta al regresar a casa y seguí barriendo y adecentando el resto de estancias, intentando elegir dónde iba a cocinar.

Creo que ya tenía el sitio elegido: un pequeño cuarto que, en su momento, debía ser una despensa. El lunes cuando viniese el arquitecto sería una de las cosas que le preguntaría, pues tendría que decirme si era apto para convertirlo en cocina o no.

Cuando me desperté deseé que aquel fuera un día magnífico, pero nunca hubiera pensado que pudiera llegar a serlo tanto. Ya me habían hablado de que en muchas de las casas con tantos años como la mía solían tener una cueva donde se almacenaban los alimentos y bebidas para su conservación. Y allí estaba la entrada. Se habían colocado tantos trastos encima que había quedado tapada. Allí en el suelo estaba la puerta de madera. Se trataba de una gran puerta pintada de color gris marengo, que blanquecía por la cantidad de polvo que acumulaba, tallada en el centro con una gran cruz, que la dividía en cuatro. Tiré con todas mis fuerzas de la argolla de hierro y la apoyé contra la pared. *Cómo pesa;* dije en voz alta, mientras imaginaba que pasaría si alguien la cerraba mientras estaba dentro. No podría abrirla sola.

Los peldaños aparecían invitándome a bajar. Todo estaba oscuro, cogí mi teléfono, accioné la aplicación de la linterna y bajé con mucho cuidado adecuando mi vista a la oscuridad y sintiendo en mi cuerpo el fresco que allí hacía. Había un fuerte olor a humedad, propio del tiempo que hacía que aquello no se abría ni aireaba.

De repente sentí un escalofrío que me paralizó. Sentí por un momento que no estaba sola y volví uno tras otro de mis pasos, hasta salir de la cueva. Cerré la puerta como si con ello quisiera evitar que algo o alguien saliera de allí.

Fueron segundos los que permanecí allí, de pie, mirando la entrada y respirando de manera acelerada. Inspiraba y expiraba en un ejercicio de armonía y la tranquilidad volvía a mí. *Mañana por la mañana entraré de nuevo y veremos que nos ofrece este tesoro.* Me dije.

Estaba tumbada en la cama, tenía la ventana abierta y podía ver el cielo estrellado desde mi posición. No sé muy bien por qué me sentía inquieta. Cerré los ojos e inicié un ejercicio de relajación, para ver si así podía quedarme dormida.

Y de nuevo la sentí. Ahora sí la vi. Ahora no fue una sensación, como me había ocurrido por la mañana. Allí estaba a los pies de mi cama, era una señora de gran apariencia, pelo moreno y con vestido oscuro.

Me incorporé casi de un salto, estaba sudando y recordaba haber oído:

Es mi casa.

Pero allí no había nadie. Miré por todas partes, la puerta estaba cerrada, todo estaba como lo había dejado. Volví a la cama y tras muchas vueltas y pasadas unas horas, el sueño me venció.

Capítulo 4

Ya nada volverá a ser igual

El día transcurría como de costumbre, nada parecía alterar la tranquila rutina cotidiana, salvo las idas y venidas de los clientes que dedicaban un poco de su tiempo a contarnos los quehaceres del día o el último chismorreo, a lo que no me gustaba dar mucha coba para que se marcharan pronto.

Como cada martes, Manuela estaba dispuesta para salir a realizar la compra al rastrillo y a las tiendas, aprovechaba la mañana para abastecer la despensa de todo lo que hiciera falta.

Caminó en dirección a la plaza, con la intención de entretenerse lo menos posible. Debía volver pronto a casa para tener dispuesta la comida cuando llegaran sus hermanos. Había dejado el puchero a fuego lento y no quería que se quemara.

Estaba frente al puesto de Marciano esperando para coger las legumbres, cuando a su lado se colocó Joaquín, el hijo de la señora María. Era un joven desgarrado, pero de buena planta, que la saludó con voz agradable.

—Buenos días, señorita

—Buenos días — respondió Manuela, sin mirarle apenas a la cara.

—La estaba mirando y veo que va usted muy cargada. Si quiere puedo ayudarla.

—No hace falta, puedo con ello. Muchas gracias.

Pagó y dirigió sus pasos hacia la casa. Él la seguía a media distancia mientras observaba cómo a cada nada tenía que parar y cambiarse el cesto de brazo porque no podía con él. En una de esas, se le cayó y parte de la compra se desparramó en la calle, Joaquín aceleró el paso y la ayudó a recoger todo. Sin darle tiempo a reaccionar, cargó el cesto y echó a andar.

—Usted me dirá por dónde debo ir.

Manuela no creyó que estuviera haciendo mal y dejó que el amable muchacho la ayudara. Fueron charlando todo el camino y parando para darse señales de quiénes eran, de a qué familia pertenecían, de dónde vivían..., pues parecía mentira que en un pueblo tan pequeño no se hubieran visto antes, viviendo ambos en él desde su nacimiento.

Pasaron por la puerta de la panadería y se fueron hacia la parte trasera por donde entraron al patio y, después, a la cocina. Allí descargaron la compra y Joaquín se

despidió de Manuela, con máxima educación, y manifestando el deseo de volver a verse.

El gesto alegre de Manuela dejaba claro que el encuentro le había resultado de lo más agradable. Pero pronto se tornó serio.

—¿Qué hacías con el hijo de doña María? Que sea la última vez que te vea hablando con ese chico, y mucho menos que ponga los pies en esta casa.

El tono de mi voz fue tan grave que Manuela no hizo ni la intención de cuestionarme en esos momentos.

El día transcurrió sin más sobresaltos, y fue al tiempo de acostarnos cuando Manuela se atrevió a preguntarme.

—¿Por qué no puedo hablar con este muchacho? No he hecho nada malo.

—Porque nada tienes tú que ganar con hablar con ese muchacho, que a saber con qué intenciones hoy se te ha acercado. Te lo advierto, que no vuelva a pasar. Nada bueno puede venir de ese camino. Y se acabó la conversación, acuéstate y duérmete, que pronto llega el día.

Y el día llegó, y Manuela no podía quitarse a Joaquín de la cabeza, y mucho menos mi amenaza. Andaba inquieta, por todas partes se distraía e iba y venía sin saber dónde iba dejando las cosas.

Estuvo sacudiendo los catres, cuando a través de la ventana y al otro lado de la acera vio a Joaquín que le hacía señales para que saliera. Ella, por el contrario, le animaba a que se marchara, pero él la seguía sonriendo y haciendo gestos para que saliera.

Miró hacia la panadería y vio que había varias personas en ella, y aprovechando que los estaba despachando y que desde donde yo estaba no podría verlos, cruzó la acera y recogió un papel de las manos de Joaquín que, como si supiera lo ocurrido, no quería provocar un nuevo enfrentamiento entre mi hija y yo.

Manuela lo leyó atentamente: “Aquí estaré cada día a las 10 de la noche si tú me quieres ver, sino no acudes esta noche entenderé que rechazas mi proposición y no volveré a molestarte, pero si acudes, cumpliré cada día con lo escrito en este papel”.

Manuela sintió que el corazón le palpitaba tan fuerte que creía que se le iba a salir del pecho. Dobló el papel y lo guardó en lo más profundo del cajón del armario, como si de un precioso tesoro se tratase y no quisiera que nadie lo encontrase.

Siguió con todas las labores, viendo pasar el tiempo tan lento que se le hizo eterno. Cenamos como cada día, y recogió la cocina mientras pensaba en cómo iba a hacer para salir, sin que yo me enterase.

—¿No se queda un ratito aquí en el patio, madre? Hace una buena noche.

—Cómo se nota que no has estado amasando y no te duele la espalada como a mí, porque estarías deseando acostarte. No te quedes hasta tarde, buenas noches.

Las diez dieron en la iglesia, y puntual Joaquín apareció por el final de la calle. Se colocó en el mismo lugar de la mañana y allí esperó que apareciera Manuela.

Ella salió y se escondieron cerca de la entrada al patio desde donde Manuela veía la casa y podía oír si su madre la llamaba o si sus hermanos llegaban de sus correrías nocturnas.

Las conversaciones fluían entre ellos, lo mismo hablaban del tiempo, que del último sermón del párroco, que pasaban de puntillas por la situación política del país. Era evidente que se encontraban muy a gusto charlando.

Cuando, al pronto, pasó por delante de ellos, Manuel, uno de sus hermanos. Iba casi cayéndose cuando al rato apareció Luis, el otro hermano. Casi cuando iba a desplomarse junto a la puerta trasera, le sujetó y ayudó a entrar.

Manuela se despidió rápidamente de Joaquín y entró tras ellos.

—¿Y tú de dónde sales, muchacha?, le increpó Luis mientras metía a su hermano en la cocina. Al alumbrarle, descubrieron su rostro golpeado. Le habían pegado.

Manuela no pudo evitar dar un grito seco. Al oírlo me desperté y me dirigí hacia la cocina, pues oía desde mi cuarto los llantos de mi hija.

Quedé paralizada al descubrir la escena y el rostro ensangrentado de mi hijo.

Preparé una palangana, un trapo limpio y empecé a limpiar la cara de Manuel.

—¡Virgen Santa!, ¿quién te ha hecho esto? Exclamé.

No podía ni hablarme, tenía la boca hinchada, diría que había perdido algún diente en la pelea y los ojos, sanguinolentos, me miraban con auténtica pena. La sangre corría con el agua y dejaba al descubierto las heridas provocadas en sus mejillas.

Sus manos tenían heridas, como muestra de que se había defendido. Fue al levantarse cuando salió de su pecho un quejido que me atravesó el alma. Le descubrí el torso y vi que tenía un fuerte golpe en el costado. No dudaba de que le podían haber roto una costilla. Le vendé como Dios me dio a entender y mandé a su hermano a que buscar al doctor.

Se echó a llorar, y yo le abracé contra mi pecho.

—Mañana me contarás.

Don Andrés, entró y le llevé hacia el cuarto donde se encontraba Manuel. Revisó sus heridas las limpió y cosió aquellas que precisaron de sutura. Descubrió mi vendaje y me felicitó por el trabajo hecho. Preparó allí mismo un ungüento y se lo untó. Aseguró que no había rotura, pero que tendría fuertes dolores por el desgarramiento interno que le habían provocado.

Quedó en que pasaría mañana a verle de nuevo.

Todos volvimos a la cama. Mi corazón se rompió y, en silencio, me eché a llorar. Así me encontró el sueño.

Capítulo 5

Descubriendo nuevos espacios

La visita del arquitecto fue de lo más productiva. Pusimos en común nuestras ideas y supo entender mi deseo de preservar la esencia de casa del siglo XIX, aunque tuve que admitir que había varias estancias que tenía que echar abajo. Pero, a veces, para construir algo bonito primero hay de derribar muros. Ubicamos la cocina, y hasta había elegido los muebles, iba a ser algo muy sencillo y funcional. Ahora tenía un miniapartamento, dentro de mi propia casa.

Contaba con todo un mes por delante hasta que me la instalaran, así que no me quedó más remedio que llegar a un acuerdo con Fran, el camarero del restaurante. Desde ese día, y hasta que tuviera donde cocinar, comería y cenaría allí, no era cuestión de pasarme un mes a bocadillos, porque al final tendría que ensanchar las puertas para poder pasar por la casa. Me había costado muchos meses de gimnasio mi figura actual y no estaba dispuesta a echarla a perder, lo que me recordó que una vez estuviera totalmente instalada, debería buscar un gimnasio.

Tampoco era cuestión de esperar hasta entonces, y decidí que a partir de ese día saldría a correr.

Los albañiles que me había recomendado el arquitecto estaban a punto de llegar. Observaba el patio cuando llegaron los dos, arquitecto y capataz, hablamos le trasladamos nuestras ideas y quedó todo entendido. En breve, la cuadrilla empezaría a trabajar y a dar forma al mejor de mis sueños.

Como me había propuesto, salí a correr. Eran las diez de la noche, daban las campanadas en la torre de la iglesia. Seguí el camino que salía frente a ella y me adentré entre tierras de olivares y sembrados de cebada. Qué distinto era correr viendo ese paisaje y respirando ese aire a hacerlo en el parque rodeada de todo tipo de gente con diferentes intenciones y oyendo constantemente sirenas de ambulancias o policía.

La noche ya era oscura y en el cielo se veían miles de estrellas. Por ese camino llegué al cementerio y casi de manera instintiva aceleré, pues era un lugar, imagino que como al resto de los mortales, que me producía un rechazo natural. Afortunadamente, habían sido pocas las veces que había tenido que asistir a un entierro, pero intentaba evitar siempre que podía entrar en un cementerio, pues una inmensa pena me invadía, que no siempre se correspondía con el sentimiento que pudiera tener por la persona fallecida.

Llegué a casa, me duché y me tomé un yogur mientras miraba los últimos e-mails recibidos, nada del otro mundo. Había pedido una excedencia en el trabajo para poderme dedicar a construir mi sueño y en ese tiempo, además, encontrar un trabajo donde realmente me sintiera realizada. Tiempo había para volver a la compañía de seguros.

No me lo podía creer, me había dormido. Solo el ruido de los albañiles hablando en la calle había conseguido despertarme, me levanté rápidamente, estiré la sabana y me puse los primeros vaqueros que pillé y esa camiseta de "I love NY" que tanto me gustaba y tanto tiempo había pasado conmigo.

Les abrí y casi sin mediar palabra iniciaron un ir y venir con módulos de andamios. Antes de que me quise dar cuenta, tenía toda la fachada cubierta con una lona verde; ya no había marcha atrás, puede parecer una tontería, pero como tantas otras veces me quedé allí mirándola, y sentí cómo una lagrima de emoción se deslizaba por mi mejilla.

Mientras que ellos seguían afanados en sus quehaceres, yo me dirigí hacia la puerta de la cueva. No había vuelto a entrar, y hoy sentía una inmensa necesidad de hacerlo. La levanté, encendí la linterna que me había comprado, e iluminé la bajada. Aquello era otra cosa, por lo menos ahora tenía una visión más amplia de por dónde andaba, bajé despacio los escalones, notando cómo paso a paso mi respiración se aceleraba y el pelo se me erizaba del frescor que empezaba a sentir.

Avancé por los estrechos pasillos observando el tipo de ladrillo de las bóvedas, las tinajas que permanecían intactas en donde hacía cientos de años habían sido colocadas.

Noté un escalofrío y cómo el corazón me palpitaba más deprisa. Empecé a ponerme nerviosa, quería salir de allí. Regresaba cuando la linterna se me cayó y se apagó, al tiempo que un grito seco salió de mi garganta, no tan fuerte como el que solté cuando al encenderla vi frente a mí un hombre.

—Tranquila, tranquila —me dijo tocando mis brazos—. Salgamos.

Apenas respirar podía, sentía una pequeña taquicardia.

Ya fuera pude distinguir al hombre que me había producido semejante susto. Se trataba de un joven de unos treinta y tantos que me miraba, creo que con más susto que yo.

Cuando conseguí recuperar mi respiración normal, le miré de nuevo y no pude por más que echarme a reír.

—Perdón, perdón, vaya grito que le he dado.

—Perdone usted por haberla asustado. La estábamos buscando y al oír su grito bajé, pensando que le había pasado algo. ¿Se encuentra bien?

—Sí, muchas gracias. La imaginación que me jugó una mala pasada ahí abajo, pero todo bajo control. ¿Para qué me buscaban?

—Hemos encontrado varias cosas que queremos que vea antes de seguir adelante con el derrumbe.

—Vamos.

Me enseñaron una pequeña caja que habían encontrado bajo un montón de piedras, tejas y demás restos que habían caído del tejado al cabo de tantos años.

Tenían orden de enseñarme cualquier cosa que se encontrarán por insignificante que les pudiera parecer, mientras trabajaban allí. Quería conservar todo aquello que representara la historia que aquella casa acumuló a lo largo de todos estos años.

Estaba a punto de irme a dormir cuando me acordé de la pequeña caja. La abrí con la sensación de estar invadiendo la intimidad de alguien. Saqué con todo el cuidado del mundo los papeles que dentro había, y entre calendarios de imágenes de vírgenes y santos varios recordatorios de comuniones celebradas en los años 30 y 40, había patrones de trajes o vestidos.

Con el mismo cariño que saqué todo, lo devolví a su interior y coloqué la cajita en el estante de mi habitación, con la decisión de limpiarla a la mañana siguiente.

Me sentía cansada, me acosté, y no creía haber pasado mucho tiempo cuando nuevamente la mujer se presentó ante mí. Me armé de valor, y como en muchas películas, lancé varias preguntas al aire: ¿quién eres?, ¿qué quieres?...

—Cuida de mi casa, busca la llave.

Al contrario de lo que en otro momento hubiera sentido y hecho, estaba muy tranquila, mentalmente envié el mensaje de que no se preocupase que cuidaría la casa. No estaba dormida, era consciente de dónde estaba, de la hora y de lo ocurrido. Aunque también pudiera ser que estuviera en un duermevela, con mis sentidos a disposición de otras energías, que me transmitían aquel mensaje.

Tendría que consultar lo ocurrido, pensé.

Capítulo 6

Fantasmas del pasado

Los días transcurrieron con la misma normalidad con que la cara de Manuel recuperaba su aspecto. Sus ojos recuperaban ese color miel que a tantas jovencitas habían encandilado, y también volvían a la normalidad sus pómulos y mandíbula, su contorno bien marcado, que le hacían junto con su varonil figura uno de los jóvenes más atractivos del pueblo. A muchos de los mayores, al verle, les traía a la memoria a su abuelo, no solo por su aspecto físico, sino por su forma de ser, tan trabajador y entregado para ayudar a todo el que lo necesitase.

Había conseguido mantenerle apartado de las labores fuera del hogar, y conseguí que, en estos días, me ayudara en el horno. No se le daba nada mal, aunque era evidente que le gustaba mucho más estar con sus hermanos para arriba y para debajo, de una tierra a otra, con los animales y charlando con unos y con otros.

Solo un día, y de forma muy liviana, conseguí que me dijera qué había pasado. El hijo mayor de los Montero había empezado a hablar de mi marido, y no pudo por más que poner en valor el honor de su padre, aun a sabiendas de que quizá lo que allí se argumentaba tuviera parte de verdad. Pero no podía permitir que se hablara así de su padre difunto que no podía defenderse y creyó conveniente hacerlo él en su lugar. No contó con las malas artes de su oponente, que aprovechando que se había separado de su hermano –que, al tiempo andaba rondando a su novia, Dolores mandó a dos de sus amigos a sujetarle, pues era la única manera que sabía para poder propinarle semejante paliza, pues de otra forma, Manuel, nunca hubiera salido tan mal parado.

Entendí la posición de mi hijo y no quise ahondar en saber qué fue lo que allí se había hablado.

Desde lo más profundo de mi corazón, y como si de alguna forma me pudiera escuchar, mandé el pensamiento a mi difunto diciéndole que no se merecía que mi hijo hubiera sufrido semejante atropello por su culpa.

Hasta hoy no se me había pasado por la mente, pero al ver a Manuela, con esa cara de ensimismada, y con una leve sonrisa constante en su rostro, recordé el encuentro que había tenido con el joven Joaquín de apellido Montero y hermano del desgraciado con el que se enfrentó Manuel.

No había vuelto a verla hablando con él, ni recordaba al joven rondado la casa, pero me dio un pálpito de que aquel no había sido el único encuentro que habían tenido, y

lejos de obedecerme, Manuela, de alguna forma que pronto averiguaría, seguía viéndose con ese muchacho.

El verano avanzaba y se notaba cómo el pueblo se llenaba de gente y la producción de pan se incrementaba notablemente.

Tenía tan perdido el sentido del tiempo algunas veces, que me di cuenta de la fecha en la que estábamos cuando Jacinto acudió a poner el cartel de los toros en la entrada de la tahona, como lo hacía todos los años por estas fechas, aunque en esta ocasión y por respeto a mi viudedad, entró a pedirme permiso. No quería ofender mi luto publicando allí mismo un acto festivo.

Después de una alegre charla en la que me explicó los actos taurinos que se iban a desarrollar, le di mi autorización para pegar el cartel y dejarme allí algunas entradas por si alguien las quería comprar.

A quién podía ofender este acto. Creo que en vida ya había cumplido de sobra con mi marido como para ahora no seguir con las costumbres de toda la vida.

Fue a la hora de la cena cuando los muchachos sacaron la conversación, pues siempre les había gustado correr las vacas. Era una noche en la que todo el pueblo se volcaba y los jóvenes hacían gala de su valor y saltaban a las calles a correr y lidiar las reses bravas. Les daba la aurora, momento en el cual se iban a a la churrería de Socorro, a recobrar fuerzas, para ir a trabajar y por la noche asistir al baile, a ver si por fin alguna joven caía rendida a sus encantos e iniciaban allí mismo una relación seria que les sacara de la soltería.

No fui consciente de lo que por mi boca salió hasta que yo misma escuché mis palabras.

—Iré a la corrida de la tarde, si a todos os parece bien.

Desde chica me habían gustado los toros y algunas veces maldecía no ser hombre para poder correr delante de ellos. Acompañaba a mi padre a las ganaderías cuando había que ir a elegir los toros de los festejos, me encantaba andar cerca de ellos, sintiendo cómo el corazón se aceleraba de pensar que pudiera alguno arrancarse y tuviéramos que salir corriendo.

Fue el mayor de mis hijos el que contestó, por boca de todos, pues todos asintieron al escucharle.

—Usted puede ir donde le guste, madre. No tiene que pedirnos permiso, ni preocuparse por nadie. Ya hizo usted todo lo que tenía que hacer en vida de padre, quizá mucho más de lo que se merecía.

Corté radical la conversación aceptando su aprobación, pero no me gustaba que aflorasen malos recuerdos. Me prometí enterrarlos en el mismo ataúd que le

enterraron a él y no transmitir a mis hijos ningún sentimiento de odio ni rencor, más allá de los que hubieran albergado en su corazón.

Hacía meses que no me sentía ilusionada por nada, y aquella noche me acosté pensando en salir de mi casa e ir a la plaza de toros a disfrutar de un buen festejo.

Me desperté sobresalta, y vi cómo Manuela entraba de puntillas en su habitación intentando no despertar a nadie. Mis sospechas se acrecentaban, pero aún no tenía la certeza de que lo que pensaba era lo que ocurría, pues estaba en edad de ser cortejada, como andaban haciendo sus hermanos con otras jóvenes, y podría ser cualquier otro el que la estuviera hablando.

Eran las siete de la tarde, estaba preparada. Los muchachos ya habían salido, solo Manuela aguardaba en casa conmigo. Sabía que a ella no le gustaban los toros como a mí, sentía que iba solo por acompañarme, para que no estuviera sola y tuviera un brazo al que agarrarme si en algún momento alguna reacción me hiciera flaquear.

Caminamos en dirección a la plaza, y coincidimos con varios vecinos, que seguían nuestro mismo camino. Cuánto me gustaba sentir este ambiente de fiesta, cómo agradecí ver a mis hijos a la altura de la taquilla. Se aproximaron a nosotras y nos entregaron las entradas.

—Ya se las hemos comprado nosotros, que disfrute de la tarde.

Uno tras otro se acercaron a mí y me besaron en la mejilla. Mi pecho se inundó con todo su cariño y unas lágrimas sentí que caían por mis mejillas.

El festejo fue de lo más emocionante, se notaba que eran novilleros con muchas faenas a sus espaldas y que poco tenían que envidiar a algunos toreros. Se me pasó más rápido de lo que me habría gustado.

Estaba claro que hoy iba a ser un día de sorpresas, pues a la salida mis hijos y sus novias me estaban esperando. Ellas me saludaron con mucho cariño y respeto, que yo les devolví.

Luis me cogió del brazo y haciendo un gesto en dirección a la plaza del pueblo, dijo:

—Vamos madre, disfrutemos todos de esta noche de verano.

Cuando llegamos la plaza ya estaba dispuesta para el baile de la noche y, como siempre las terrazas se habían dispuesto alrededor de la misma, formando una pista de baile.

Las guirnaldas, luces y banderas la adornaban y creaban ese ambiente tan típico y tan anhelado por todos los vecinos, pues era la única ocasión en la que la plaza se vestía de gala en honor a nuestro patrono.

Debo confesar que me sentía un poco violenta, y ganas me dieron de dejarles allí e irme a mi casa, con el convencimiento de que era donde debía estar, sola y a oscuras, respetando el luto que lucía. Como si pudiera leer mis pensamientos, mi hijo me

agarró más fuerte de la mano y, con más decisión, me llevó hacia un lado apartado de la plaza.

Salió a saludarme Tomás, el responsable del kiosco, que todos los años venía, y donde solíamos sentarnos a tomar un poco de limonada y a disfrutar del baile y la música.

—Buenas noches Heliodora, me alegro de verla. Os he preparado una mesa aquí, así podrá ver, pero estar lo suficientemente apartada para evitar comentarios innecesarios.

Todo estaba predispuesto para pasar una agradable noche, como así fue.

Iban y venían al baile, alternándose, procurando siempre que no me quedara sola. Me di cuenta de que Manuela faltaba ya tiempo de la mesa y empecé a buscarla con la mirada. No la veía ni con el grupo de amigas con el que solía ir a la iglesia, ni bailando, ¿dónde estaría esta muchacha?

Las dudas y el temor de si las sospechas fueran ciertas se disiparon por completo porque allí, bajo los arcos de la casa de Emiliano, la vi hablando con Joaquín. No podía dar crédito a lo que mis ojos estaban viendo, cómo había sido capaz de desobedecerme, cómo había hecho caso omiso de lo que le había advertido. Esto se iba a terminar.

No tardó en acercarse de nuevo a la mesa, y sin dejarla sentarse, me levanté y la increpé.

—Nos vamos. Juan despídeme de tus hermanos. Nosotras nos recogemos ya.

Manuela caminaba sin hablarme y deseando que no la hubiera visto, pero su suerte estaba ya echada. Acabaría con esa relación esa misma noche.

Apenas había cerrado la puerta de la casa tras de mí, la llamé con un grito seco

—Manuela.

Ella se volvió, y su rostro ya advertía que aquella conversación no acabaría de buena manera.

—Has ignorado lo que un día te dije y has seguido teniendo conversaciones con Joaquín Montero.

—Es un buen hombre, madre y me quiere.

—¿Te quiere? Siendo de esa familia no sabe ni lo que eso significa.

—No sé, en verdad por qué habla así de él, no le conoce.

—Ni falta que me hace, sé lo suficiente. Y te prohíbo terminantemente, que vuelvas a hablar con él.

—No lo voy a hacer.

Me contestó poniendo en tela de juicio mi autoridad.

—Ten por seguro que harás lo que te digo, porque si es necesario te acompañaré a todas partes, y cerraré las puertas de la casa por la noche para que no puedas salir a

hurtadillas como sé que lo haces. Y si aun así encuentras la forma de comunicarte con él, y tengo que encerrarte en casa y no dejar que salgas, lo haré.

Y continué.

—Te juro que no dejaré que una hija mía se una a un Montero mientras que yo viva, y mucho menos sabiendo que ha sido el mayor de sus hijos quien agredió al mío, de tal forma y de manera que casi pierde la vista de un ojo.

Mi tono y mi gesto se habían tornado bruscos y agresivos, y Manuela declinó seguir retándome, pues desconocía este hecho. Sintió gran dolor por su hermano, se dio media vuelta llorando y se encerró en su habitación.

Podía oírla sollozar, así como a sus hermanos ir llegando. El sueño se apodero de mí y al fin me quedé dormida.

Como cada 25 de julio nos preparamos para ir a la misa del patrono Santiago. Al llegar a la iglesia y cumpliendo la tradición las mujeres nos sentamos en los bancos del lado derecho y los hombres al lado izquierdo.

Don Clemencio se alargaba en el sermón, y los abanicos sonaban agitadamente, pues el calor era casi insoportable. Solo se notó algo de alivio cuando algunos hombres se decidieron a abrir las puertas grandes de la iglesia, y se notó un poco de corriente. De no haber sido así más de uno se hubiera desvanecido. Poco ayudaban las vestimentas del día: los hombres acostumbraban a llevar pantalón y chaqueta, y las mujeres lucían en su cabeza mantillas y manga larga en los vestidos.

Terminó la misa y agarré a Manuela del brazo. Nos volvimos a casa, sin dejarla tiempo para que pudiera hacer ningún intento de encontrarse con su amado.

La tensión entre nosotras se notaba en el ambiente, y Luis fue el primero en preguntar qué era lo que pasaba.

De manera desafiante, Manuela contestó:

—Que te explique madre.

Y así expuse la cuestión:

—Vuestra hermana, que no ha tenido mejor opción que de entre todos los jóvenes del pueblo, irse a fijar en Joaquín Montero, e iniciar conversaciones con él.

Todos la miraron, Manuel su mellizo, echó la silla hacia atrás con afán de levantarse.

—Quietos todos a la mesa —ordené—. Ustedes son testigos que, desde hoy, Manuela tiene totalmente prohibido, acercarse o permitir que se acerque a ella este personaje. Si ella no cumple con mi mandato, y alguno de ustedes es testigo de ello, tendrán la obligación de venir a contármelo, o de ser menester, traerla a casa e indicarle a ese señor que no vuelva a molestarla. Espero que la razón entre en todos ustedes y hagan cumplir mi deseo.

Salí al patio, me faltaba el aire. Qué acababa de hacer, cómo podía ir tan en contra de todo lo que siempre me había propuesto ser. Me había convertido en la peor versión de mí misma. Ahora ya estaba dicho. No podía retroceder. Mi palabra debía ser ley en esa casa.

Capítulo 7

Perdiendo el miedo

Me sorprendí a mí misma buscando entre los albañiles que estaban trabajando en casa al joven con el que me había cruzado en la cueva, pues desde aquel momento no lo había vuelto a ver.

Me deleitaba recordando sus ojos chispeantes y su media sonrisa que le hacían parecer tan atractivo, o al menos ese recuerdo me había quedado. El móvil me saco de mi fantasía: eran buenas noticias, mi cocina estaba preparada y, si quería, podrían llevármela la próxima semana.

Aunque la comida de Los Laureles era buena, ya necesitaba volver a mis costumbres culinarias, y a sentarme tranquilamente a comer sola, sin necesidad de estar escuchando las conversaciones de quienes estaban en el bar.

—Laura, ¿puede venir un momento?

Me apresuré a subir a la planta de arriba. Cuando llegué me encontré con un revoloteo de hombres que hablaban alrededor de uno de ellos, que sujetaba algo en las manos.

Un puñal. La imagen me paró en seco. No me atreví a cogerlo, me contaron que lo habían encontrado oculto en el interior del muro que estaban tirando envuelto en papel.

Les estaba pidiendo que lo dejaran en la caja donde estábamos guardando todas las cosas que íbamos encontrando, cuando una voz que me resultó familiar, les llamó la atención.

—¿Que es este revuelo?

—Nada, Javier, le estábamos enseñando a la señora lo que habíamos encontrado, pero ya seguimos.

—Vamos con retraso —les indicó, y todos volvieron a sus tareas.

—Si no la importa, debería bajar de aquí.

Por un segundo mi intención fue decirle que me quedaba allí, quién se creía que era para mandarme como si de uno de los trabajadores se tratase.

Bajé con desgana los peldaños de la escalera, sintiendo cómo me seguía. Parecía que lo hacía para asegurarse que no me quedaba arriba.

Qué tipo, mira que me ha resultado desagradable. Pensé.

Quise distraerme y encendí mi ordenador, buscaba diseños para patios en páginas de interiorismo y apuntaba ideas y plantas que me gustaban. No sé en qué momento perdí la consciencia y me quedé dormida. Una vez más, la misteriosa mujer se apareció ante mí,

—Busca la llave....

—¿Qué llave y para qué?

—Ya lo sabrás cuando la encuentres.

Me desperté de repente, como había ocurrido las otras veces. La verdad es que haberle contado a mi amiga Lola las apariciones de esta mujer me había ayudado mucho a afrontar nuevas presencias.

Lo que tenía claro es que me gustaría saber quién era esa mujer y por qué se estaba poniendo en contacto conmigo. Para Lola estaba claro. Siempre me había dicho que tenía mucha sensibilidad y que, muy probablemente, pudiera hacer de médium. Pero nunca lo había sentido de esta manera. Me recordaba de pequeña, tapada con las sábanas diciendo:

—No quiero veros, no quiero veros.

Y era tal el temor que siempre sentía a ver que según ella, había anestesiado esta parte de mi ser, que ahora parecía que estaba despertando a toda velocidad.

—No tengas miedo, no va a hacerte nada. Solo quiere que la ayudes a dejar terminado algo. Cuando esto ocurra, deberás mandarla a la luz. Y así quedará en paz y podrá evolucionar.

Para Lola esto era de lo más normal y me lo soltó así, como el que te dice: *hoy vas a trabajar y cuando acabes vuelves a casa.*

Cierto era que no había puesto en duda sus palabras y me estaba preparando para hacer lo que me había dicho.

Desde aquel día, dedicaba un rato a meditar y a intentar que mi cuerpo, o mejor dicho mi energía conectara con la energía del universo. Eso me ayudaba a estar tranquila y a que cuando tuviera estas visiones, estar lo suficientemente preparada como para poder interpretar los mensajes.

La llave.

Me fui al cuarto donde guardaba todo lo que habíamos encontrado, y saqué al pasillo el gran cajón donde habíamos puesto las pequeñas cosas. Si estaba en algún lugar, ese podría ser el sitio perfecto

Fui sacando con mucho cuidado las cosas que allí había: libros de educación de la Sección Femenina, recibos de compras, calendarios, un pequeño perfumador.... Lo abrí y aunque parecía que estaba vacío al aproximarlo a mi nariz, pude percibir un

dulce olor. Cerré los ojos para apreciarlo mejor. Violetas, era a violetas a lo que olía. Pero ni una sola llave.

Mentiría si dijera que no me había sentido decepcionada. Mi mente y mi complejo de Sherlock Holmes me habían hecho creer que sería la llave que abriría una puerta secreta y tras ella encontraría un gran tesoro.

En ese momento me acordé de la cajita que había guardado en mi habitación, y si estaría allí, me pregunté.

La cogí, la abrí muy despacio, volví a sacar todo lo que había y, como recordaba, no había ninguna llave. La miré detenidamente y fue cuando me di cuenta que el fondo de la caja era menor que el alto de la misma. Eso me hizo pensar que pudiera tener un doble fondo, pero cómo podría comprobarlo. La abría. La cerraba. Miraba por un lado. Y por otro. Hasta que me di cuenta, allí estaba, era como un cajón. Lo que a primera vista parecía un adorno de un trébol de cuatro hojas en relieve, era el tirador. Con sumo cuidado tire de él, muy despacio.

El sentimiento de decepción me invadió de nuevo, no hay ninguna llave. Pero ese sentimiento se transformó en sorpresa: lo que había allí era una foto, le di la vuelta y mi corazón casi se me sale del pecho, era ella. Como si la hubiera conocido de toda la vida, supe a ciencia cierta que se trataba de la mujer que se me aparecía. Era una foto familiar, ella estaba allí colocada en el centro de la imagen, rodeada de cuatro jóvenes, y una chica.

Necesitaba saber quién era, cómo se llamaba, saber más de ella. Me acordé de Leonor, ella podría informarme.

No lo dudé y me fui a su casa. Toqué el timbre, y después de que se asomara por la cortina y viera que era yo, me abrió la puerta.

—Perdone que la moleste Leonor, pero me gustaría que me dijera una cosa.

—¿Qué quieres saber? Date prisa que no tengo tiempo, tengo mucho que hacer.

Qué sería lo que tanto tenía que hacer esa señora, que apenas si podía caminar, para meterme tanta prisa.

No me demoré y le lancé la pregunta a bocajarro.

—¿Quién es esta señora?.

—Heliadora,— me contesto sin ningún tipo de titubeo— Adiós.

Y de nuevo me dejó allí con la puerta en las narices.

Volví a tocar, y como si pudiera ver a través de la puerta, sentí que estaba al otro lado.

—Leonor, por favor, ábrame otra vez, la prometo que no la entretengo, pero necesito que me diga algo más sobre ella.

Abrió de golpe y secamente preguntó: ¿qué quieres saber?

—¿Quién es? ¿Tiene algo que ver con la casa?

—¿Que si tiene algo que ver? Es la dueña de esa casa, ella es quien la mantuvo con vida y quien hizo de esa casa lo que era. Y ahora tú has llegado para dismantelarla. No creo que la guste. Mejor será que te vayas. O pronto sabrás de ella.

Intentó, volver a darme con la puerta en las narices, pero pude evitarlo. ¿Por cuánto tiempo? No lo sé, esperaba que lo justo para que me respondiera a otra pregunta.

—¿Qué es eso que dice de que si no me voy pronto sabré de ella?

—Habla con Javier.

Y, ahora sí, el portazo fue con tal rudeza que se me quitaron las ganas de volver a llamar.

Javier. ¿Quién será ese Javier? Lo mismo se cree que me ha ayudado. Volví a casa, cogí mi bolso y me fui a comer.

En esta ocasión agradecí que fluyeran las conversaciones para así distraer mi mente. Fran me trajo el postre, le pedí un café y de paso le comenté que mis visitas diarias pronto llegarían a su fin.

—La echaremos de menos —me dijo con una sonrisa.

—Bueno, quizá para el desayuno me sigas viendo —le dije mientras le devolvía la sonrisa.

Tenía pendiente hacer una visita a Toledo, y decidí que aquel era el mejor momento. Aparque en el Miradero y me dirigí a Zocodover. Paseé por la zona de la judería, entre en la catedral, me tome un helado sentada en la escalinata que había justo enfrente, fui a los jardines del Alcázar y cuando me sentí lo suficientemente cansada, volví a casa. Mientras regresaba me di cuenta de que no recordaba dónde había dejado la foto. Tuve que levantar el pie del acelerador, porque según lo pensaba pisaba más a fondo, superando con mucho el límite de velocidad permitido.

Entré por el patio, porque además me había dejado olvidadas las llaves, menos mal que los albañiles seguían allí. Entré al interior, y allí estaba él, con la foto en la mano

—¿Qué hace? deje eso donde estaba.

—¿Dónde estaba?, pues la tendría que dejar en el suelo que es donde la he encontrado.

No hizo lo que decía y extendió la mano para entregármela.

—Gracias,

—Si no le importa, podría fotografiarla con mi móvil.

—¿Y por qué habría de dejarle que le hiciera una foto?

Contesté con todo el desdén que podía, para darle a entender que no tenía ninguna intención de dejarle fotografiar esa imagen.

—Déjelo, no haga usted nada. Gracias y, por cierto, le he dejado una llave en la caja grande donde guarda lo que encontramos.

— ¿Una llave?...

— ¿Cómo es esa llave?...

— ¿Dónde estaba?...

— ¿Quién la ha encontrado?...

— ¿De dónde es?

Me hacía todas esas preguntas mientras iba a por ella. La tenía entre mis manos cuando, me di cuenta de algo en lo que no había caído.

—Perdone, su nombre es Javier, ¿verdad?

—Sí.

¿Sería posible que fuera él? Resulta que este que tan mal me cae iba a ser el Javier con el que tenía que hablar.

—Disculpe, ¿por qué quiere sacarle una foto?

—Porque la señora que aparece en esa imagen es mi bisabuela.

Sus palabras me dejaron boquiabierta. Me sentía como una estúpida, pero nunca hubiera imaginado que pudiera haber una conexión entre ese chico y las personas que aparecían en la foto.

—Hágala —le dije.

Sacó su móvil, la fotografió, me dio las gracias y se despidió.

Capítulo 8

Noche de paz

Hacía tiempo de mi enfrentamiento con Manuela, y desde entonces notaba en ella un gran distanciamiento conmigo.

Pasaba las horas entretenida en sus labores y apenas si cruzábamos dos palabras seguidas. Y si acaso, era solo para indicarme que iba a la compra y quería que le entregara el dinero para ello, o que le indicara si precisaba de algo más de lo que ella ya llevaba apuntado.

Las tardes eran ya mucho más cortas y la panadería se cerraba antes. Dedicábamos parte de este tiempo a coser en la recámara. Un cuartito que para lo pequeño que era, tenía una gran ventana que daba a la calle y que iluminaba todo el cuarto en tiempo de verano. En estas fechas ya hacía falta encender la lámpara del techo, y eso obligaba a forzar la vista en determinadas labores, que necesitaban de puntos muy precisos.

Ambas nos sentábamos alrededor de la mesa donde planteaba los patrones, llevaba a cabo los cortes, intentaba enseñarla, para que el día de mañana tuviera aprendido el oficio de modista y poder así ganarse unas pesetas que bien la vendrían siempre.

En estos momentos andábamos liadas con varios vestidos y un traje para mi hijo mayor, las telas eran buenas, de paño de lana, y se cosían sin problema, no como otras que parecía que escupían la aguja y no te permitían dar dos puntadas seguidas.

A ratos también cosíamos el ajuar de Manuela, mantelerías, toallas, sabanas. Todo de lo mejor y con unos bordados y puntillas que serían la envidia de muchas jóvenes casaderas.

Atendía con poco afán, como si le molestase hasta que hablase con ella. No pude por más que pararme y preguntarle

—¿Qué es lo que pasa Manuela? ¿No quieres estar cosiendo, aquí conmigo?

Me miró y, sin mediar, palabra siguió con su costura.

—Manuela, te estoy hablando, contéstame, necesito saber qué te pasa.

—¿De verdad, madre, quiere usted saber qué me pasa?

—Claro, ¿por qué me dices eso, siempre me he preocupado por ti?

Su mirada desafiante se clavó en mí. No podía negar que era hija de su padre, pues había veces que tenía esa misma capacidad de helarte la sangre.

—¿Qué me pasa, dice? ¿y usted me lo pregunta? Ha sido usted la que se ha encargado de que no tenga más vida que la que quiere que haga. Tengo 20 años y

estaba conociendo a un hombre que bien podría convertirse en el padre de mis hijos. Pero no. No le parece bien. Usted y sus estúpidas rencillas del pasado son mucho más importantes que la felicidad de su hija. Por eso no la importa que pase el tiempo y siga aquí encerrada.

—Jamás te he impedido salir —le contesté en un tono algo más alto del que había empleado anteriormente—. Puedes salir y relacionarte con quien tú quieras, hay muchos muchachos en el pueblo que pueden ser un buen partido para ti.

—Pero yo no quiero a otros muchachos, quiero a Joaquín, quiero poder volverle a ver. Le ha juzgado sin conocerle, sin saber tan siquiera cuáles son sus intenciones, porque nunca dejó que él se aproximara a hablar con usted. Desconozco qué desventuras habrá tenido con su familia, pero me parece muy injusto que lejos de intentar eludir ese enfrentamiento quiera además hacerme participe de ello e impedirme trato alguno con él.

Y siguió.

—Resulta que toda la vida ha estado inculcándonos la idea de que no debíamos juzgar a nadie sin conocerlo, que todo el mundo tiene un motivo o una razón más allá de lo que conocemos para ser como es y comportarse como lo hace, que debemos empatizar con los demás para poder entenderlos, y que todo el mundo se merece una oportunidad.

—Esto es diferente.

—Diferente, ¿por qué es diferente? Porque usted lo hace diferente, porque quiere que sea diferente.

—Calla, no sigas por ahí Manuela.

Dejé la costura en el cesto y me levanté para dirigirme hacia la cocina. Me paré en seco al oír la voz de mi hija.

—Así, huya, váyase, no quiera hablar del tema, ¿no decía que quería saber que me pasaba? y ¿estaba preocupada por mí? Mentira, solo se preocupa por su persona

Me volví y alcé mi mano para abofetearla.

—¡Madre! —grito Manuel, al tiempo que me sujetó.

—¿Qué pasa aquí? Manuela, ¿qué le has dicho a madre para que este así? ¿Por qué os gritáis de esta manera? ¡Basta ya!

Las dos recobramos la compostura y nos fuimos cada una hacia un lado de la casa. Solo volvimos a encontrarnos a la hora de la cena, pero sin que cruzáramos palabra alguna.

Así pasaron varias semanas. No dejaba de pensar en lo ocurrido y no sabía cómo solucionarlo. Bueno, sí sabía, pero sinceramente no quería, pues ello significaba tener que hablar de un tema que me resultaba más que doloroso.

Mis hijos eran conscientes de la tensión entre nosotras y de diferentes formas intentaban aplacarla. Nuestro orgullo nos impedía dar un paso al frente y arreglar esta situación.

Toda esta situación me había colocado en una posición muy particular. Sentía tener delante un espejo. Me veía reflejada totalmente en mi hija. Manuela era una mujer que aceptaba, como yo, todo lo que se le ponía por delante de buen grado, y acostumbraba a realizar cualquier labor que se la propusiera, sin ningún tipo de reproche. Al contrario, asumía todo con alegría y buen talante. Ahora además estaba sacando ese carácter que aún le aproximaba más a mi personalidad. ¡Y me gustaba tanto que fuera así!, que no se dejara manejar por nadie. Que tuviera su propio criterio, que defendiera sus pensamientos e ideales con fuerza y seguridad. Y por eso me dolía seguir enfadada con ella porque era muy consciente que yo haría exactamente lo mismo.

Llegó Navidad y Año Nuevo, y no parecía que aquello fuera a cambiar. La noche del cinco de enero siempre había sido muy especial para nuestra pequeña familia, mucho más que Nochebuena o Nochevieja. La ilusión se transmitía de unos a otros, había preparado un copón, regado con vino de nuestra bodega, para la cena y un buen puré de boniato. De postres una deliciosa ensalada de frutas y una riquísima tarta de almendras que había preparado Manuela. Tenía unas manos buenísimas para la repostería. Mis hijos hablaban y conversaban, divertidamente.

Entonces fue Juan, quien dando unos pequeños toques con el cuchillo en su vaso de vino, llamó nuestra atención. Todos callamos y miramos con expectación.

—Madre, hermanos, hermana —dijo de manera muy solemne—. Si ninguno de vosotros tenéis objeción alguna, quisiera a finales de este mes presentar mi proposición de matrimonio a Magdalena, mi novia.

—Hijo mío, ¡que ilusión! —dije mientras me levantaba y me acercaba a él para darle la enhorabuena y mi bendición.

—¡Enhorabuena, hermano! —felicitaron así Manuel, Luis, y Antonio a su hermano.

La última en hacerlo fue Manuela.

Se acercó a él y le abrazó.

—Muchas felicidades, Juan. Hacéis una pareja estupenda y seguro que sois un matrimonio muy feliz. Enhorabuena.

Volvió a abrazarlo, si cabe con más fuerza, y el llanto se apoderó de ella.

—¿Por qué lloras, pequeña? ¿Crees que ya no te voy a querer igual porque me case con Magdalena? Tú siempre serás mi hermanita preferida y vendremos todos los domingos a verte y a comer tus magníficas codornices escabechadas. No llores más, por favor.

Manuela se enjugó las lágrimas, aunque creo que solo yo supe por qué estaba en verdad llorando.

Se retiró a la cueva y Antonio la siguió.

—¿Qué haces aquí? ¿No quieres brindar con nosotros?

—Déjame Antonio, no quiero amargaros la noche con mis lágrimas. Sube tú y sigue disfrutando de la velada.

—¿No me vas a contar qué te pasa? Tú no lloras por la boda de Juan. Tú estás llorando por Joaquín.

Su llanto se acentuó y Antonio la acogió entre sus brazos para consolarla. Nunca había echado de menos una hermana, porque todos sus hermanos la habían cuidado y mimado desde pequeña, atendido sus deseos y estando pendientes siempre de cualquier cosa que pudiera pasarla. Hasta cuando estuvo tan enferma con las paperas se fueron turnando, uno tras otro para cuidarla, y dormir con ella para vigilar que la fiebre no le subiera y la garganta no se le inflamara tanto que pudiera ahogarse.

—¡Ay Antonio! Yo nunca podré anunciar algo así.

—¿Por qué no chica? ¿Por qué no lo vas a hacer? Ya llegará el hombre que conquiste tu corazón y te convertirás en una esposa y una madre estupenda. Pero, eso sí, prométeme ahora mismo que yo seré tu padrino.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Manuela. Antonio siempre conseguía alegrar su rostro.

—Ese hombre ya ha aparecido y madre no me deja verle.

—Vamos a hacer una cosa, y con esto va por adelantado mi regalo de Reyes. Si es lo que tú deseas, yo me comprometo a conseguir que puedas comunicarte con Joaquín. Yo le veo a menudo y no me será difícil hacerle llegar noticias tuyas y al revés. Pero no te creas que esto te va a salir gratis. Quiero que subas ahí arriba, que le des un abrazo a madre y que des por zanjado este asunto que tanto daño nos hace a todos, pues no nos gusta verlas así. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero, Antonio, ¿por qué madre no quiere que tenga relación con él? ¿Tú lo sabes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eso ya es pedirme demasiado, háblalo con ella, creo que es mejor que ambas tengan esa conversación.

Los dos subieron al salón donde nos encontramos todos. Antonio miraba a su hermana esperando el momento en el que se dirigiera a mí.

—Madre.

El silencio se hizo al oír estas palabras.

— ¿Manuela?

— Quiero hacerle entrega ya de mi regalo de Reyes, ¿me da su permiso?

— Sí claro — dije con la voz entrecortada por la emoción.

Se acercó lentamente a mí, me hizo entrega de una cajita de madera labrada a mano, me rodeó con sus brazos y me besó dulcemente. Ambas nos fundimos en un fuerte abrazo que traspasó nuestros corazones y llegó a nuestras almas. Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos todos abrazados, formando una gran piña, y casi al unísono todos dijimos

— ¡Feliz noche de Reyes!

Capítulo 9

Pasando página

Qué sería lo que encerraba esa llave. No dejaba de darme vueltas en la cabeza, pero por más que probaba en las puertas y hasta en las ventanas, no correspondía con ninguna.

Decidí que igual que había aparecido de la nada, la puerta que abriera también aparecería de la nada. Y la guardé en mi cajita de madera, junto con la foto.

Eso era otro cantar, la foto y Javier. Me moría de ganas de saber más sobre esa mujer, pero para eso tenía que hablar con él. Con lo atractivo que me había parecido a simple vista y lo mal que me había caído después. Me parecía un creído, arrogante y machista que creía que podía tratar a todo el mundo como si de sus peones se tratase.

¿Cómo haría para limar asperezas, y poder sacarle información? Estaba claro que nuestra última conversación no ayudaba, y si no me equivoco, desde aquel día no le había vuelto a ver organizando el trabajo, y revisando los planos.

Di una vuelta por la casa. Era increíble cómo algo que estaba casi derruido podía transmitirme tan buenas vibraciones. Quitando mi pequeño apartamento, que ya le llegaría su momento, todo el resto de la casa estaba apuntalado. El techo había sido desmontado por completo, aunque permanecían inalterables las vigas de madera, que se entrelazaban y formaban un bello armazón sobre el que devolvería la cubierta y colocaríamos las tejas retiradas de momento, para sanear todo.

La cocina, por fin. Bajé casi corriendo, pues pude ver por el pequeño balcón que llegaba el camión de los muebles.

No tardaron mucho en descargar y casi menos en montarlos. Solo había comprado lo indispensable, y algunas cosas, además, eran de segunda mano. Cuando tuviera la casa reformada una de los lugares principales sería la cocina. La tenía ideada no solo como un lugar donde se cocinaría, sino un sitio de reunión. Mi idea era, por un lado, que estuviera la cocina como tal, con una isla en el centro, que a su vez sirviera de barra. A continuación un comedor con una gran mesa de madera en el centro que diera servicio a muchas personas y seguidamente el salón, dividido en varios ambientes, donde poder disfrutar de la lectura, la música, la relajación y, si se quería, también algo de televisión.

El salón daría a la calle principal y recibiría la luz de los tres grandes ventanales, mientras que la cocina y el comedor darían al patio. Y por supuesto no faltaría una

chimenea.

Para eso aún quedaba bastante. De momento, mi pequeña cocina sería suficiente para prestarme el servicio necesario.

Los días pasaron y ni rastro del joven Javier.

Basta que quiera hablar con él, para que no aparezca. Ni que lo estuviera haciendo a posta.

Había sido un día importante según me había contado uno de los peones. Los trabajos se habían centrado en la cueva y habían quedado al descubierto los ladrillos de los arcos y las tinajas habían quedado casi limpias. Se había tirado un cable de luz y colocado varias bombillas, consiguiendo que estuviera casi toda iluminada. Algunos huecos habían sido tanteados con la intención de averiguar si tras un primer muro había algún pasillo más. Esto era algo muy común, pues cuando se trataba de viviendas tan antiguas y tan grandes, al hacerse las divisiones por herencias, no solo se dividían las estancias sino también las cuevas, y lo que antes pertenecía a una sola casa, con el paso de los años, podría pertenecer a dos a tres o a más....

Ya me encontraba sola cuando decidí bajar a ver cómo iba todo, y la visión fue de lo más sorprendente. Lo que cambia con la luz, si ya antes me gustaba, ahora aún me parecía todavía mucho más bonita, qué maravilla. Siempre ocurría igual, cómo podía ser, cada vez que bajaba repetía los mismos actos: bajaba los escalones y por inercia seguía mis pasos hacia adelante, encontrándome con un muro; daba dos pasos para atrás e intentaba volver por la derecha, encontrándome un gran hueco con una tinaja. Tenía que parar y darme cuenta que el pasillo iba por la izquierda. Pero una y otra vez, como si algo me impulsara, hacía el mismo recorrido y una y otra vez tenía que rectificarlo. Hasta hoy, que veía perfectamente, seguí la misma dirección.

Me sentía feliz; apoyé mi mano sobre una de las paredes y como si un cine se encendiera en mi cabeza, montones de imágenes empezaron a sobrevenirme; sentía gran agitación. Temor. Dolor. Un niño. Una zapatilla. Un cubo. Un hombre enfadado. Quité la mano de la pared para llevármela a la cabeza y esa secuencia de imágenes desapareció.

La respiración me faltaba, los ojos se me habían llenado de lágrimas y, de nuevo, el deseo de salir de allí me invadió. Pensé que debía aprender a manejar estas nuevas sensaciones; todo aquello formaba parte de mi casa, sentía cada rincón, cada lugar de la misma me hablaba, y debía empezar a aprender a escucharla.

Respiré profundo y volví a apoyarme sobre la misma pared. Sentí como si en mi cabeza se abriera un agujero y un fuerte hormigueo me recorrió todo el cuerpo, y con él me invadían las mismas sensaciones que había sentido anteriormente, no así las imágenes, aunque las recordaba todas claramente.

Sentía que allí había habido un pozo y que, en un momento de vida de esa casa, un niño había caído en él, provocando un momento de mucho miedo y tensión en todos los que allí estaban. Después de unos momentos de desconcierto, el niño no murió. Un hombre alto y fuerte le sacó. Sentí un fuerte dolor en la pierna y en la cadera.

Me retiré de la pared y respiré nuevamente, tomando aire por la nariz y sintiendo cómo llegaba a lo más hondo de mis pulmones. Recuperé la tranquilidad. Este ejercicio se estaba convirtiendo ya en una costumbre.

Me convencí de que todo aquello que había sentido en algún momento había ocurrido. Me quedó la sensación de que lo ocurrido no tuvo un final trágico, que el asunto no fue más allá de un gran susto y un niño que tuvo problemas para andar a partir de ese momento.

Todo esto quedaba para mí, no creo que tuviera oportunidad de certificar que todo aquello hubiera ocurrido de verdad. Pero para mí era suficiente, estaba descubriendo una parte de mí que hasta entonces estaba dormida. Me gustaba. Sentía que poco a poco me estaba sintiendo completa.

Me levanté temprano para poder ir y volver en el menor tiempo posible a Madrid. Aunque disfrutaba de una excedencia, tenía una muy buena cartera de clientes y debía pasar a cobrar mis comisiones mensuales. La visita fue rápida, no llevaba intención de entretenerme, aunque no rechazaría un café con algunos compañeros. Cuando entré, Sonia estaba en la recepción, tan agradable como siempre. Me saludó y me puso sobre aviso.

—Carlos está aquí.

Era el director del departamento de Siniestros y mi pareja los últimos cuatro años. No tenía ninguna gana de cruzarme con él. No habíamos acabado muy bien. Si lo pensaba, tampoco empezamos muy bien, pero una cosa nos llevó a la otra y al final perdí cuatro años de mi vida. Y me reafirmo en el “perdí”, porque fueron cuatro años en los que viví totalmente engañada.

Cuando dicen que el amor es ciego, pueden poner una foto mía al lado de esa frase, porque soy un claro ejemplo de que es verdad. Estaba tan enamorada de él que tuve que darme de bruces con la verdad para creérmelo.

Todo el mundo me decía que estaba casado y que tenía dos hijos, pero yo no me lo creí. Cómo iba a tener familia, si nosotros quedábamos entre diario, los fines de semana. Nos habíamos ido hasta de puente en alguna ocasión; nunca me puso ninguna pega. Bueno, al principio de la relación sí, pero era para que la gente del trabajo no se enterase, pues no estaban bien vista las relaciones entre los trabajadores.

Claro que era una más de sus mentiras. Como lo de la casa que nos íbamos a hacer. Pero si me enseñó hasta los planos y fuimos a verla cuando empezaron las obras. O

cuando les dijo a mis padres el día que nos los encontramos por casualidad, comprando en una tienda, que cualquier día les iba a pedir mi mano. ¡Y mi madre toda emocionada!, tanto o más que yo, que me pilló por sorpresa. Y yo me lo creí siempre todo, hasta que aquel 14 de febrero al llegar a la oficina, me entretuve en la recepción charlando con Sonia, y viendo la foto de su pequeñita, Ainhoa, que acababa de cumplir un añito. Fue entonces cuando una mujer se acercó y le indicó a Sonia que si podía avisar al señor De Marco.

—Sí por supuesto —contestó Sonia.

—¿Quién le indico que le busca? —preguntó.

—Soy Alex, su mujer.

A Sonia, casi se le cae el teléfono de las manos. Era de las pocas personas por no decir la única, que conocía mi relación con Carlos porque un día nos encontró en una situación un poco comprometida en el aparcamiento. Y desde entonces, se convirtió en mi confidente.

Yo sentí como si un puñal me atravesara el corazón.

Alex. Cuántas veces había hablado con ella cuando estábamos juntos y siempre me hizo creer que era un hombre. Desgraciado.

—Lo siento, pero no me responde en su despacho...

No dejé que Sonia terminara la frase, y añadí:

—Yo subo ya, Sonia, le busco, que estará en Recibos, y le doy el recado.

La cara de Sonia era un poema, y no fue capaz de reaccionar a mi comentario. Me metí en el ascensor, piqué el 2 y subí. Las puertas se abrieron. Solo tuve que llamar a un par de despachos y allí estaba.

—Señor De Marco, ¿podría hablar con usted un momento?

Con su pícara sonrisa, sabedor que me tenía en el bolsillo, me contestó afirmativamente.

Se despidió y salió del despacho.

—¿Me acompaña?

—Por supuesto —Me dijo, acercándose a mi oído de manera disimulada.

Nos metimos en el ascensor e hizo intento de darme un beso, pero me retiré para evitarlo. Se sorprendió de mi reacción, pues no estaba acostumbrado. Normalmente utilizábamos el ascensor para darnos besos furtivos y algún que otro achuchón que aliviase nuestro deseo y que manteniáramos en tensión a lo largo del día. Mientras que estábamos en la oficina, el juego era realmente excitante y había veces que no podíamos esperar a salir de allí para darle rienda suelta y hay más de un despacho que si hablara.... Borré esos recuerdos de mi mente de un plumazo al oír la campanilla del ascensor que indicaba que se iban a abrir las puertas.

El momento fue de película. Ambos salimos y con toda la frialdad que el momento me permitía, dije:

—Le busca su mujer, señor De Marco.

Me quedé allí plantada para ver la escena. Sonia, miraba a la pareja y me miraba a mí. La mujer fue enseguida hacia él y, rodeándole el cuello con sus brazos, le besó apasionadamente a lo que él correspondió, sin importarle que yo estaba allí delante.

Interrumpí el romántico encuentro, para dirigirle unas palabras.

—Disculpe, no le entretengo, solo decirle que el asunto que teníamos pendiente ya ha sido liquidado, cerrado y archivado.

Si no era tonto, que no lo era, entendió, que con esas palabras di por finalizada nuestra relación. Los días posteriores fueron un horror, pues no era capaz de entender que no quería saber nada de él, que me dolía hasta el hecho de oler su colonia en el ascensor, que no quería tener ni el más mínimo trato con él. Eso y mi búsqueda de una casa para independizarme definitivamente fueron el comienzo de esta aventura que tantas alegrías hasta ahora me estaba dando.

Solucioné todos mis asuntos y aún mejor, lo organicé todo para no tener que volver cada mes por allí. Podría hacer una conexión virtual desde mi ordenador y preparar la liquidación de mi cartera. Perfecto.

Y ahora, al ascensor. Pero el destino me tenía una sorpresa preparada, en el piso 4 se abrieron las puertas y allí estaba. Claro no iba a quedarse ahí. Tuvo que entrar y quedarnos a solas. Yo sentía cómo el corazón se me aceleraba y golpeaba mi pecho como si se fuera a salir de su sitio.

—Hola, estás muy guapa —me dijo, revisándome de arriba a abajo.

No quería verle, pero temerosa de que eso pudiera ocurrir, como así había sido, me había puesto uno de los vestidos que marcaba mi figura y realizaba mi escote. Me maquillé de manera natural, pero con un toque de color en los labios, lo que los hacía de lo más insinuantes. Si teníamos que encontrarnos, que viera lo que se había perdido y que pensara que otro podría disfrutarlo. El conjunto había surtido el efecto esperado. Aunque todo mal se te revierte, era yo la que seguramente estaba pasando un mal momento. Notaba cómo me miraba, su aroma me embriagaba y estuve a un segundo de volverme a él y besarle apasionadamente. Hice de tripas corazón y aguanté como una campeona. Por fin las puertas se abrieron, salí de allí como si me llevara el demonio, necesitaba respirar aire fresco.

—Adiós Sonia, ya hablaremos.

Solo esas pocas palabras pude cruzar con ella. Tras el primer momento de sorpresa por tan rápida despedida, su gesto se volvió de compresión, al ver quién salía conmigo del ascensor.

Más tarde la llamaré y hablaré con ella, pero ahora solo quiero huir, pensé.

Cuando llegué a casa y cerré la puerta tras de mí, me apoyé en ella y me deje caer poco a poco sentándome en el suelo. Solo entonces rompí a llorar. Ahora ya estaba segura y a salvo.

Capítulo 10

En lo bueno y en lo malo

La petición de mano fue como lo teníamos previsto. Los chicos se conocían desde pequeños y las relaciones familiares no podían ser mejores. Magdalena era la hija de Blasco, el responsable del horno. Mi marido y él iniciaron el negocio como socios, pero la mala fortuna hizo que la parte de Blasco pasara a las manos de don Manuel, de la noche a la mañana.

Don Manuel, como se hacía llamar por todos. Cómo le gustaba que utilizaran esa palabra; le hacía sentir importante, mientras que a mí cada vez que la oía, se me retorcían las tripas y un pensamiento me acudía enseguida a la mente.

— ¿Don? Es lo único que tienes de señor.

Aunque ahora éramos nosotros los únicos dueños, a mí siempre me había gustado tratar a Blasco con respeto, y siempre le mantuve por encima de otros empleados, pues a decir verdad si no fuera por él y por todo lo que me enseñó, aquel negocio no hubiera sido tan próspero. Él era quien conocía las recetas para todos los tipos de panes, los dulces y roscones de Reyes.

Siempre admiré la forma en la que Blasco trataba las masas, con qué precisión añadía cada uno de los ingredientes. Cómo los removía y cómo los amasaba de forma enérgica pero a la vez suave. Separaba por piezas y les daba la forma propicia. Colocaba en los tableros y cocía a fuego lento. Los panes salían del horno, con una corteza crujiente, y una miga apretada pero ligera al paladar.

Y los roscones.... Nadie conocía el ingrediente secreto, la esencia que le daba ese sabor entre limón y canela, que no quedaba totalmente definido y que les hacía totalmente incomparables. No escatimaba en fruta escarchada, como hacían otros, le gustaba que estuvieran bien cubiertos de guindas, naranja, pera, calabazate... Y todos los años las sorpresas estaban elegidas en base a un tema.

Recuerdo el año que nació su hija. Deseaba tanto tener una niña que puso en todos los roscones bebés de niñas en diferentes posturas y con distintos gestos.

Nos reímos mucho de todo aquello al año siguiente, porque en el mes de octubre hubo un incremento de la población considerable y muchos achacaban los embarazos a la fortuna de haberle tocado la sorpresa del roscón.

Gracias a sus conocimientos habíamos sido capaces de convertirnos en un referente en la elaboración del pan de hogaza. Importantes casas de Toledo y Madrid

desayunaban el día de Reyes con nuestros roscos, y acompañaban sus comidas con nuestros panes. Trabajos como estos eran los que nos habían dado un nombre y habían conseguido que hoy por hoy mi familia tuviera una importante posición.

Recuerdo uno de los días en los que se nos encargó un importante pedido. Estábamos como siempre Blasco y yo en la parte trasera del horno. Él preparando toda la masa para los panes, que ya sabíamos que teníamos que cocer para el día siguiente. Le gustaba, cuando teníamos tiempo, hacerlo muy despacio, añadiendo poco a poco cada ingrediente, como si de una pócima mágica se tratase. Ponía toda su atención y su fuerza en mover aquellas orzas llenas de harina, levadura, la justa medida de sal y nuestra agua.

—¿Sabes Heliadora? —me decía—, nunca temas de que alguien pueda hacer mejor pan que nosotros.

—Qué convencido lo dices Blasco. Hay otros panaderos en otros pueblos, alguno habrá que haga el pan mejor que nosotros.

—Ya te digo yo que no —se reafirmaba. Porque nadie tiene lo que nosotros tenemos. Solté una gran carcajada.

—Cualquiera diría que la fórmula es secreta, Blasco, no son más unos pocos ingredientes.

Tienes razón, todos usarán los mismos productos, pero ninguno tiene nuestra agua. Ese pozo Heliadora, el agua de ese pozo, es el que hace que nuestro pan tenga un sabor especial, no hay otra agua igual en la comarca.

Volví a reírme, y seguimos amasando, aunque no pude quitarle la razón, ese pozo era especial, su agua era transparente y fresca. Nunca, ni en tiempos de lluvias había salido turbia ni con un mal sabor. Parecía venir directamente de un manantial del cielo.

Sonó entonces la campanilla de la tienda, me apresuré a limpiarme las manos y acudí ligera. Al otro lado del mostrador había un señor totalmente uniformado. A primera vista parecía un general del Ejército, pero me fijé bien, y aunque la indumentaria era militar, adiviné que se trataba de un chófer.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿el encargado y dueño?, por favor.

—No se encuentra en estos momentos.

Ni en estos ni en ningún otro, pensé.

—Si me quiere decir soy, su esposa y responsable del local.

Me hizo entrega de una carta. Como no venía dirigida a nadie en particular, la abrí, y leí las palabras que allí escritas estaban.

La voz se me entrecortaba, no daba crédito a la petición que allí nos estaban haciendo.

—Blasco —grité con voz firme y seca.

Y Blasco entró al momento en el despacho de pan. Como yo, se quedó parado al ver al uniformado, le entregué el papel y le pregunté:

—¿Tú crees que podremos tener a tiempo este pedido?

—No tengas la menor duda, aunque no pueda salir de aquí hasta el mismo viernes, podrán pasarse a retirarlo.

—Dé usted respuesta de que nos hacemos cargo y de que tendrán todo preparado para la recepción. Les advierto de que deberán estar aquí de madrugada para poderlo servir cuando aún este tierno y en su punto justo de temperatura.

El uniformado se dio media vuelta se montó en el coche en el que había venido y se alejó calle abajo.

Blasco y yo nos dejamos caer en las sillas de enea que teníamos en la trastienda, pues las piernas nos temblaban por la situación.

—El Pardo. Una recepción.

Era todo lo que atinábamos a decir.

Tomé el papel y lo volví a leer. Era un pedido que venía directamente desde las cocinas del Palacio del Pardo, traía su sello y todo.

El próximo sábado se iba a llevar a cabo una recepción en honor de no sabíamos quién, pues no había quien leyese ese nombre, que bien podía ser alemán, y nos solicitaban mil panes pequeños de semillas. De cómo tuvieron conocimiento de que hacíamos esos panes nunca lo supimos, pero aquello fue algo que marcó para siempre el destino de nuestra tahona.

No tardaron en aparecer por la puerta muchas cotillas intentando averiguar qué era lo que aquel chófer quería de nosotros, y las despachábamos con cajas destempladas diciéndoles que solo había comprado un pan para el camino.

No tardo María León en hacerse eco de lo ocurrido y contárselo a su esposo Leopoldo Montero, para que este tuviera un motivo más de riña conmigo y con mi marido. Y aunque sabía que con mi persona poco tenía que hacer, pues no era yo de gustarme entrar en dimes y diretes, bien sabía que don Manuel, mi marido, no se echaría atrás y si tenía que haber pelea por algo, la habría.

El asunto no quedó en ese momento más que en palabras, pero no era ella de dejar las cosas quietas y seguro que no tardaría en encontrar otro lance donde andar metiendo el hocico.

Éramos ambas de la misma edad, aunque nunca compartimos juegos ni amistades. Lo único que tuvimos en común, y al tiempo, mejor que se lo hubiera quedado ella, era

Manuel. Desde muy jovencita puso los ojos en él, muchacho de bien parecer, cinco años mayor que nosotras y con mucha más vida recorrida, pues se alistó en la Legión y eso le llevó por muchos lugares, formando el tipo de hombre en el que se convirtió. A su vuelta de los cuarteles nosotras ya éramos mozas en tiempo de casar, y ella no perdió el tiempo, como no lo había hecho cada vez que con algún permiso se dejaba ver por el pueblo. No le importaba ir como una cordera tras él y dejarse ver por los rincones buscándole y llamando su atención. Manuel hizo con ella todo lo que ella le permitió con la convicción de que pronto le pediría matrimonio, sin saber que las ideologías políticas de su familia y las de él no permitirían que se unieran. Ni ganas tenía él de ello. Pues como luego confesaba cuando el vino le soltaba la lengua, no había sido más que un divertimento en tanto su verdadera amada, que supuestamente era yo, se diera cuenta que estábamos el uno destinado para el otro.

Inició así un cortejo en el que, si al principio no resultaba de mi agrado, se las compuso para, poco a poco, irme convenciendo de que no era tal y como las lenguas contaban y que su comportamiento, si alguna vez era tosco y rudo, venía dado por las malas artes aprendidas en el cuartel. Se tornó un hombre atento, cariñoso, amable. Todo era poco para darme y atenderme, a su lado me hizo sentir especial, salíamos a pasear o al baile, y él siempre me ensalzaba delante de todos y hablaba de mí maravillas. Se mostraba afortunado de haber conseguido que una mujer como yo se hubiera fijado en él. Yo le quitaba importancia, pero cierto era que me agradaba y me hacía sentir bien. Supo muy bien cómo cautivarme. A diario me hacía llegar un mensaje con las mismas palabras: "Contando los minutos para estar contigo". Luego cuando nos encontrábamos, me confesaba que el día se le había hecho eterno esperando verme. Todos los veinte de cada mes en recuerdo del día que me pidió relaciones, me enviaba media docena de rosas blancas. No había cumpleaños que no faltara una joya como regalo. Casi cuatro años tuvimos de noviazgo que fueron toda una bendición, nuestras familias organizaron la boda, por tamaño de familia y por los apellidos que llevábamos, asistieron muchos invitados al enlace. Apenas conocía a la mayoría de la gente que allí estaba, pero fue una boda de ensueño. La iglesia fue adornada como hasta entonces nunca había tenido costumbre, colocando centros de flores rojas en todos los altares, para tener las bendiciones de los santos. El banquete tuvo de todo. No faltó bebida y comida. Trajeron vino de las mejores bodegas, y los asados salían del horno como un rebaño, uno tras otro. Dulces variados y anises, cerraron el banquete y alegraron el baile. Todos bailaban y cantaban. ¡Cuánta felicidad!

Pronto se volvió pesadilla. Quizá no pasaran tres meses cuando una noche que había salido, volvió a la casa borracho, yo estaba sentada en la mecedora preocupada por su tardanza.

Antes de que pudiera ser consciente de su estado y de que mejor hubiera sido permanecer callada, le pregunté.

—¿Qué te ha pasado? ¿De dónde vienes tan tarde?

No me dio tiempo a protegerme, cuando me golpeó la cara con semejante fuerza que caí abrupto al suelo.

—¿Quién te crees que eres tú para preguntarme? Yo mando aquí y entro y salgo cuando y como se me antoja, y tú no tienes más que hacer que estar aquí calladita y dispuesta para cuando llegue.

Me arrastró y me elevó con tal fuerza que sus dedos quedaron marcados en mis brazos. Me tiró sobre la cama, me arrancó el camisón dejando mi cuerpo al descubierto, y se puso encima de mí. Me penetró con tal dureza que sentí como si me clavara un puñal. Sentía el dolor tan dentro de mí, que solo fui capaz de agarrarme fuertemente a las sabanas y soportar los envites contra mi cuerpo. Cayó exhausto, a mi lado, y solo cuando estuve totalmente segura que estaba dormido me atreví a levantarme. Me fui al aseo y llené el barreño de agua. No me importaba que estuviera fría. Cogí la pastilla de jabón y la restregué con fuerza sobre mi cuerpo como si con ese gesto pudiera arrancármela y quitar su olor de mi piel. Lloré y lloré desconsolada hasta que mi piel estaba arrugada y amoratada. Me salí del barreño y me sequé con la toalla. Fui a la habitación y me puse otro camisón. Volví a la cama colocándome de tal manera que mi cuerpo y el suyo no se tocaran. Allí estaba, le miraba y solo me producía asco.

Nueve meses después de aquello nació nuestro hijo mayor, Juan. Y diez meses después de Juan llegó Luis, y diez meses después de Luis lo hizo Antonio y tras ellos, Manuel y Manuela. Pobrecitos míos, no hubo manera de convencerle para que no les pusiera el mismo nombre a ambos y que al menos una vez y con la niña me dejara elegir a mí. Hasta en eso tenía que hacer su voluntad; si sabía que podía hacerme daño más se empeñaba en ello. Solo conseguí que en su partida de Bautismo, don Clemencio, que sabía de mis deseos por una confesión hizo la anotación pertinente: Manuela Lucía. Ese era el nombre que yo quería para mi hija, Lucía.

La vida a su lado no fue agradable pero desde luego no le daba el gusto de saberlo. Siempre supe mantener mi lugar en el hogar y mantener el trato con él. Con el último parto, quedé vacía. Para él ya no valía como mujer, por lo que dejó de buscarme, lo que yo le agradecí y agradeceré eternamente, aunque era sabedora de que otras eran las que aplacaban su sed varonil. Poco me importaba que pagara por ello, gustosa le hubiera dado yo el dinero.

Fueron muchos los rumores que decían que María y él habían vuelto a las andadas, y no me hubiera extrañado. Ella no tenía escrúpulos de ningún tipo y él, más de lo mismo. A sabiendas de la rabia de los Montero por mi familia, ella aún se empecinaba

más en idear historias para acrecentar el enfrentamiento. Se vanagloriaba que mi esposo la rondaba, todo para exasperar los nervios de su marido, que deseoso estaba de enfrentarse a Manuel. Los Monteros eran rojos históricos del pueblo y en tiempo de la guerra muchos de ellos se habían ido, pues cuando don Ernesto fue alcalde antes de la contienda, había hecho mucho por los suyos utilizando todas las artimañas de las que pudo hacer uso para apoderarse de tierras que, por herencia, les pertenecían a mi familia, una familia de bien que no hizo otra cosa que trabajar con el ganado; de ahí fue sacando el dinero y haciéndose con las tierras que para su cobijo y alimento iba necesitando. Ellos siempre los habían tachado de ser de derechas, aunque nadie de mi familia participó activamente en ningún acto político, aunque a mí, por acompañar a mi marido, que sí era activista, se me había relacionado con ellos. Al paso de los nacionales por el pueblo, y temiendo que se aprovechara la circunstancia para ajustar cuentas, muchos de ellos se marcharon. Unos dicen que a Francia y otros que a las islas, donde se sabía que tenían familia. Mi matrimonio con Manuel, y la unión de nuestras familias fue un duro golpe para los Montero, pues sentían que así nos hacíamos más fuertes y se unificaban más tierras. Era yo muy joven cuando me enteré de que mi abuelo murió a manos de uno de ellos, después de que lo detuvieran, por todavía no se sabe qué, y le llevaran al cuartel. Salió al día siguiente y en apariencia, nada había pasado, pero a las pocas horas se desvaneció sin poder hacerse nada por él. La sangre salió a borbotones por su boca, lo que hizo evidente la hemorragia interna que tenía. Ni en conocimiento de esto quise albergar rencor ni odio en mi corazón, pero ahora era como si lo peor de cada familia se hubiera propuesto empezar una guerra que, de todas todas, iba a salpicarme.

Estaba claro que el hecho de que alguien cercano a El Pardo hubiera sabido de nuestros panes y nos hubiera hecho el encargo, alimentaría aún más nuestro apoyo o cercanía al Régimen.

Nos pusimos manos a la obra. Fueron días duros y cuando llegó el momento de sacar adelante el pedido, todo estaba preparado. El horno ardía con más fuerza que nunca, los tableros dispuestos uno tras otro para ir colocando los panes. Empezamos. Como si de máquinas se tratase nos pusimos a ello. Fueron más de quince horas trabajando sin parar sacando nuestros mejores panes y retirando aquellos que por forma o color no nos parecían adecuados. Por fin salieron del horno los últimos. Los sacos estaban llenos. Puntual a su cita llegó el chófer. Cargamos todo en el pequeño camión que traía y dimos por terminado el trabajo. Cerramos la puerta y abrimos el sobre que nos habían entregado, suponíamos en pago. Así fue, cogí el dinero y lo repartí.

—Toma Blasco, te lo has ganado, empléalo como buenamente quieras.

Blasco hizo intento de devolvérmelo, pues desde que dejó de ser copropietario se le asignó un salario y solo recibía algún extra al llegar Navidad. Sentía que debía agradecerle de alguna forma lo que había hecho. Y como nadie había pedido cuentas de nada, pude hacerlo con total libertad.

A partir de ese momento nuestra producción se incrementó en momentos puntuales, pues acudieron a nosotros más de una vez con encargos similares. Eran de gente de postín que habían estado en esa recepción y que habían procurado saber de dónde era el pan. Lo solicitaban para bodas, recepciones, peticiones de mano, y también se llevaban nuestros bollos artesanales, tartas y roscones de Reyes.

Eso nos permitió agrandar toda la parte de la fábrica y también parte de la vivienda. Compramos los cobertizos de la casa de al lado y la acoplamos a la nuestra, haciendo habitaciones para nuestros hijos.

El dinero no faltaba, y tampoco quien se lo gastara en vino y juego. Aprendí a llevar una doble contabilidad, porque de no ser así en poco habiéramos perdido todo lo ganado con mi trabajo.

Mis hijos no pasarían penurias mientras yo estuviera, y fue así como de manera encubierta me hice el ama del negocio dejando solo a don Manuel creer que era él quien negociaba los pagos y las compras, que yo terminaba de rematar.

Por eso no me costó sacar aquello adelante tras su fallecimiento. Nadie se posicionó en contra de que fuera así. Diría que a más de un proveedor la muerte de Manuel le favoreció, pues con él murieron las deudas de juego que pudieron contraer. Ni sabía ni me importaba y nunca quise indagar. Muerto el perro se acabó la rabia, pensé.

Y fue así como a fuerza de trabajar y trabajar, conseguí que cada uno de mis hijos tuviera su dinero guardado, pues les retenía su paga. A ellos para poder hacer la casa donde vivir con su mujer, como era costumbre, y a ella para comprar los mejores muebles y ajuares que pudiéramos disponer.

Cierto era también que desde que tuvieron edad para cargar un saco de harina, les inculqué la costumbre de ayudar, y aún en tiempos en los que estudiaban, siempre alguna hora debían colaborar. Había tenido suerte, y aunque no todos eran buenos estudiantes, sí lo eran trabajando. Nunca les faltó quien al terminar su jornada conmigo les procurase para otros trabajos. Del dinero que cobraban de estos, no les quitaba ni una peseta, y podían disponer de él con total libertad. De ahí se pagaban sus correrías y pequeños vicios.

El día de la boda llegó y todo salió como se había dispuesto. La fiesta duró hasta altas horas de la noche y cuando me recogí en casa, antes de dormir, me sentí satisfecha del trabajo hecho.

—Que Dios me dé salud para hacer lo mismo con mis otros hijos.

Capítulo 11

Parte del lugar

La obra iba viento en popa, mucho mejor de lo que yo esperaba. Todo lo que había que tirar ya se había tirado, habíamos salvado todo lo que queríamos mantener y ahora era cuestión de ir creando.

Siempre había soñado con la idea de tener una casa rural y poder vivir de ello. Ahora tenía esa oportunidad. Además las dimensiones de la casa permitían diferenciar perfectamente una zona privada, que utilizaría para mi uso personal, y otra zona con entrada independiente donde se ubicarían las habitaciones.

Algo en lo que dudaba era la cueva, qué haría con ella, permitía su acceso al público o la dejaría reservada solo para mí. Esta última idea me seducía bastante, pues era el lugar de la casa donde más a gusto me encontraba y donde más experiencias extrasensoriales había tenido. No me hacía gracia compartirla, pero también me daba pena que algo tan precioso quedara oculto al resto del mundo. Un poco de vanidad me hizo pensar que me gustaría que la gente supiera que algo tan bello era mío.

Tenía una reunión con el arquitecto a las 12 de la mañana. Él me daría su opinión y yo debería decidir qué opción tomaba.

Iba a ser un día importante. Ahora sí que mi futuro estaba pendiente de la decisión que tomase.

Creía tenerlo claro. Como cada día, ya tenía limpia mi acera, se había convertido en una costumbre diaria que sorprendía a los operarios de limpieza, que cada mañana pasaban barriendo el resto de la calle y que ya se habían acostumbrado a verme entretenida en tal labor. Deduje que les hacía bastante gracia.

A la que seguía sin hacerle mucha gracia mi presencia era a Leonor que cada día seguía observándome desde detrás de su ventana, creo que esperando el día que se asomara y yo hubiera decido irme. Pero eso no lo verían sus ojos, había llegado para quedarme.

Me llamaron desde el patio y acudí para ver en qué me precisaban.

—Señora, tenemos que decidir qué hacemos con el pozo.

—¿Qué hacemos con el pozo?

—Sí, que si lo tapiamos y cegamos, para dejarlo inutilizado, o quiere que lo mantengamos.

La pregunta me rechino, ¿inutilizarlo? Cómo alguien podía pensar en eso.

—Mantenerlo, por supuesto. Quiero que se convierta en un elemento esencial en mi patio. Ahonden hasta encontrar agua y después levántenlo para que no sea peligroso, de la ornamentación ya me encargaré yo.

Estaba en el cuarto que habíamos habilitado como despacho hablando con el arquitecto, decidiendo la distribución final de la casa, cuando escuché voces que venían del patio. Según me acercaba pude distinguir la voz de Javier, que algo estaba diciendo en relación al pozo.

—¿Qué problema hay?— pregunté.

—Este pozo, debe cegarse. Es un absurdo que se trabaje para encontrar agua, pues no hay. Trabajaremos en vano. Este pozo se anuló en su día y así se quedará.

—Si se trabaja en vano o no es decisión mía, que al fin y al cabo soy la que paga por ello. Y si a usted no le gusta que se abra ese pozo es su problema, yo lo quiero abierto y listo para poder utilizarlo, y algo me dice que a poco que se profundice, manará agua.

—Este pozo se secó — volvió a indicarme alzando la voz.

—He dicho que se profundice. Hagan lo que les digo. Pónganse a ello.

—Es usted insufrible —balbuceó Javier entre dientes mientras se dirigía a donde estaba el arquitecto.

—Por favor hable usted con ella y hágala entrar en razón, dígala que ese pozo debe quedarse como está.

—Y yo le digo que el pozo se va a utilizar.

Parecíamos dos críos peleando por un mismo juguete, sin que ninguno de nosotros tuviera intención de dar su brazo a torcer.

Tuvo que ser el arquitecto el que mediara y me diera la razón. No entendía por qué no se podía abrir ese pozo y hacerlo como yo estaba indicando. A Javier no le quedó más remedio que aceptarlo y dejar que los albañiles continuaran con el trabajo. Apenas pasaron dos horas, cuando volvieron a llamarme. No tenía ganas de nuevas disputas. Qué pasaría ahora.

La alegría fue tremenda. Allí estaba. Pocos metros más y el agua empezó a manar. La emoción me embargó de tal manera que me abracé a la primera persona que me encontré al lado.

Como si me hubiera dado una descarga eléctrica me separé, pues descubrí que a quien había abrazado era a Javier. El resto de albañiles se rio al ver mi reacción y yo, más avergonzada que emocionada, me fui de allí.

Bajé directamente a la cueva y fui al lado donde estaba el muro del pozo. Lo toqué y las palabras fluyeron de mi boca sin pensar.

—Te devolveré la importancia que tuviste en su día, cuidaré de que no vuelvas a sufrir ningún percance que te quite de nuevo tu esplendor. La vida de esta casa girará

de nuevo en torno tuyo.

— ¿Qué es lo que está diciendo?

— ¿Qué hace aquí?, ¿por qué ha bajado? No le he llamado ni me ha pasado nada.

— Solo quería disculparme y decirle que tenía usted razón y que yo estaba equivocado. Pero ahora además quiero que me cuente que era eso que estaba diciéndole a la pared — me dijo mirándome con cara de incredulidad y sorpresa a la vez.

— No sé si vas a creerme, pero hace unos días bajé aquí, y al apoyarme en esta pared tuve una sensación muy extraña.

No sé por qué razón ni en qué momento cambié mi opinión hacia ese hombre, pero allí estaba relatándole todo lo que me había ocurrido en relación al pozo. Notaba cómo su cara cambiaba y por momentos parecía más asombrado.

— Me dejas sin palabras. No sé cómo decirte esto, pero eso que has descrito pasó de verdad. Mi padre era el niño que se cayó y su padre, mi abuelo, quien decidió dar la orden de inutilizarlo.

Ahora la sorprendida era yo. Me contó los hechos como a él se los habían contado y entendí perfectamente que se hubiera puesto como lo hizo cuando decidí abrirlo de nuevo. Y él también entendió que quisiera hacerlo, y en el fondo se alegraba de ello, pues también sabía de la buena agua que manaba de él.

Sin darnos cuenta habíamos aproximado no solo posiciones en lo referente a la obra de la casa, sino que nuestros cuerpos también lo habían hecho. Apenas nos separaba un palmo, y lejos de sentirme incomoda me agradó la situación. Me miraba fijamente y le aguanté la mirada hasta que fue él quien rompió el momento.

— ¿Subimos?

— Sí claro — contesté, mientras echaba un paso atrás y me separaba de él.

El arquitecto seguía allí, y los tres pusimos en común los últimos datos y puntos de vista. Todo estaba ya hablado. Los tres teníamos claro por dónde iba a ir la obra.

Supieron entender perfectamente mis deseos y miedos, y diseñamos una casa rural que de no tener éxito como tal, siempre quedaría como una bonita zona donde mis familiares y amigos podrían venir a verme y disponer de su habitación y baño privados, tipo *suite*.

Estaban de fiestas en el pueblo y me apetecía salir a ver el ambiente. Me duché, me arreglé y me fui hacia la plaza.

No sabía muy bien qué iba a encontrarme. Al parecer había un espectáculo y después orquesta popular. Era hora de que empezara a participar de las costumbres del lugar y a relacionarme con los vecinos.

Me sorprendió que, por el camino, mucha gente me saludaba y al responderles cortésmente, me daba cuenta de que ya las había visto o bien en la tienda o bien en el bar. A lo tonto ya llevaba varios meses allí, y ya no les resultaba tan desconocida.

Vi a algunos de los albañiles con sus mujeres e hijos. A los que eran más jóvenes con sus amigos; a los barrenderos, que también salieron a pasar el rato... Fui consciente en ese momento de que aquello era un pueblo muy pequeño y que a poco que salieras conocías a todo el mundo y todos te conocían a ti. Por eso me gustaba, porque al final todos eran como una gran familia, o al menos eso me parecía.

Estaba esperando para pedir una cerveza cuando mi mirada se cruzó con la de Javier. Él también estaba allí, diría que con sus amigos. No dejaba de mirarme y sonreírme mientras se acercaba a mí dejando atrás al grupo con el que estaba.

—Vaya, has salido a disfrutar de las fiestas del pueblo.

—Sí, iba a tomarme una cerveza, ver el espectáculo y luego irme a casa tranquilamente.

—Así, ¿sin cumplir el ritual de las fiestas del pueblo?.

—¿Ritual?, ¿de qué me estás hablando?

Cogimos nuestras cervezas y tomándome del brazo me apartó de la multitud que se agolpaba para pedir en la barra del kiosco de bebidas.

—No sabrás lo que son realmente las fiestas del pueblo si no sigues su ritual. Y has tenido suerte, me tienes a mí de anfitrión, ¿te atreves?

—¿Que si me atrevo? ¿tú retarme a mí? No sabes que estás diciendo, veremos a dónde nos lleva esto... Por supuesto —contesté mientras sonreía.

Me alegraba de haber cambiado mi indumentaria en el último momento. Al principio pensaba salir con un vaquero, una camiseta y unas deportivas para intentar pasar desapercibida, pero en el último momento cambié la camiseta por una blusa que dejaba al aire mi espalda y las deportivas por unas sandalias que, aunque no tenían mucho tacón, daban un estilo más *chic* al vaquero.

Me presentó al grupo de amigos y compartí con ellos divertidos momentos. Bailamos, bebimos y reímos. Descubrí que Javier no era mucho de bailar, y solo alguna amiga que buscaba de él algo más se atrevía a sacarle a la pista a moverse, porque a aquello que hacía no se podía llamar bailar.

Uno de sus amigos ya se estaba poniendo pesado y se acercaba demasiado a mí para hablarme y no dejaba de pasar su mano sudorosa por la espalda. Siempre me había costado salir de estas situaciones sin ser demasiado borde, pero aquello ya me estaba resultando incómodo.

Javier, que no dejó de observarme en la distancia, como yo hice con él, se dio cuenta de mi situación y cual caballero salvador vino hacia mí, me cogió de la cintura y, con

una sola palabra, me salvó de su amigo.

—¿Bailamos?

No pronuncié palabra solo me dejé llevar y no sé si bailábamos o no pero no quería separarme de él. Sentía su brazo alrededor de mi cuerpo y cómo evitaba tocar la piel de mi espalda que quedaba al aire. Apoyé mi cabeza en su hombro y solo una vuelta que me dio para finalizar el baile, consiguió quitarme de esa posición.

—Es muy tarde ya —le dije

—No, todavía es muy pronto.

—No, para mí es muy tarde, me encuentro mareada y quiero volver a casa.

—Puedo acompañarte.

Asentí con la cabeza, me cogió de la mano y caminamos. Hablamos de muchas cosas, como hasta entonces nunca lo habíamos hecho. Y reconozco que me hacía sentir muy a gusto y me gustaba estar así.

Llegamos a la puerta de casa, saqué la llave, abrí la puerta y sin dar lugar a nada, me despedí.

—Hasta el lunes, Javier.

Sentí que mi frase había parado en seco su intención de acercarse a darme un beso. Retrocedió, me sonrió y se despidió.

—Hasta el lunes, Laura.

Había sido una noche magnífica, me desnudé, me tiré en la cama y me dormí con la agradable sensación de volverme a sentir mujer otra vez.

Capítulo 12

Encuentros inesperados

Parecía que con la boda de Juan se había abierto la veda, y mis hijos mayores fueron uno tras otro dándome la agradable noticia de que iban a contraer matrimonio con sus respectivas parejas.

Si bien era una cuestión que inicialmente me producía una profunda alegría, había momentos en los que se tornaba en tristeza. Poco a poco, la casa se iba quedando vacía y no tardaría mucho en llegar el día que me quedara sola en ella.

La boda de Luis se celebró a unos cuantos kilómetros de nuestro pueblo, pues Angélica, su novia, era de allí, y desde pequeña como era natural, había soñado con casarse de blanco en la iglesia de su pueblo. Su familia fue muy amable y nos acogieron a todos con mucho cariño durante tres días, tiempo que aproveché para entablar buena relación con su madre que, como yo, se había quedado viuda, aunque ella llevaba menos tiempo en esta situación. Entendía perfectamente sus miedos y temores en relación a la boda de la niña, como también me pasaba a mí con mi Manuela. Ella quedó contenta al comprobar por sí misma que lo que su hija le contaba acerca de nosotros era realidad, y se sintió feliz del devenir que le esperaba a su hija.

Los muchachos habían fijado su residencia en nuestro pueblo. Luis se hizo la casa en una de las tierras que por herencia le correspondía, en el camino del Nogal.

Al poco tiempo del fallecimiento de mi esposo, tuve a bien dejar repartido en testamento todo el patrimonio en las partes que a cada uno nos correspondían, así como también lo que les quedaría en caso de que yo falleciera. No eran asuntos agradables de tratar, pero estaba convencida que eran cosas que cuanto más claras quedaran escritas menos problemas traerían en un futuro que, inevitablemente, llegaría.

Y luego le tocó el turno a Manuel, apenas habían pasado dos años de la boda de Luis, y ya estábamos embarcados en otra.

La verdad es que poco me costaba ponerme con los preparativos, aunque en este caso, al ser la madre del novio, y celebrarse el enlace en nuestro pueblo, no era a mí a quien le correspondía la mayoría de ellos. Diferente sería cuando fuese mi hija quien se casara. Me recreé un momento imaginando como sería ese día y reconozco que me emocioné. Fue entonces cuando caí en que la actitud de Manuela había cambiado.

Estaba alegre y dicharachera, como ella había sido antes de que tuviéramos aquel encuentro desagradable en relación a Joaquín.

Aunque me causó extrañeza que tampoco en ese tiempo la había visto relacionarse con cualquier otro muchacho. Eso me inquieto. ¿Por qué?

Intenté mantener una pequeña conversación con ella, interesándome por varios jóvenes de su edad, y ninguno le parecía conveniente, a todos les ponía un pero.

Todo aquello quedó pendiente en mi cabeza, y un resquemor se empezó a apoderar de mí.

Habría sido capaz de engañarme, habría sido capaz de brindarme su cariño y su perdón y estar haciendo a mis espaldas algo que sabía a ciencia cierta que me haría tanto daño.

No quería saber la respuesta, pero tampoco quería que aquella decisión conllevara que mi hija se convirtiera en una solterona amargada, que no pudiera vivir lo que es el amor, como lo estaban haciendo sus hermanos, y como a mí me habría gustado vivir.

El intenso olor a humo me despertó sobresaltada, notaba que apenas podía respirar.

—¿Qué ocurre? Hijos despertar, algo se está quemando.

Salimos corriendo dirección al horno, los reflejos de las llamas nos hicieron ver enseguida que se había producido un incendio en el interior de la tahona.

Entramos por el patio y empezamos a sacar cubos del pozo. Al ruido, otros vecinos salieron en nuestra ayuda y en poco tiempo una gran cadena de personas estábamos tirando agua. En algo más de una hora el fuego se había apagado.

Afortunadamente, los daños ocasionados habían sido solo materiales y ni mis hijos ni yo habíamos sufrido ninguna quemadura, ni teníamos signos de asfixias.

Todos volvieron a sus casas a intentar retomar el sueño, pero yo no podía. Solo quería que llegara el día para ver exactamente cuánto daño habíamos sufrido. Y cómo se había iniciado ese fuego.

Las claras del día dieron luz al asunto y quedó más que en evidencia que aquello no había sido fortuito. Alguien había lanzado algo por la ventana del almacén iniciando ese incendio.

Antonio se dirigió al cuartel de la Guardia Civil a contar lo sucedido, y el sargento al mando se acercó a nuestra casa para realizar las pesquisas pertinentes.

—Señora —me saludó.

—Sargento Montesinos —le devolví el saludo.

Observó los restos de ceniza y entró en el almacén o en lo que quedaba de él.

Levantó un atestado y nos estuvo preguntado a todos, para intentar determinar qué había pasado y quién podría haber hecho una cosa así.

—¿Han vuelto a sufrir algún tipo de altercado desde aquella noche? —me preguntó, apartándome hacia un lado de los que allí estaban

—No, sargento. No hemos vuelto a tener más problemas de aquel tipo. Mis hijos viven en paz y se llevan bien con todo el mundo, todos les quieren, son buenos muchachos.

—No me gustaría que volviéramos a tener otro incidente similar. Si ve o nota que alguien se pasea por aquí o se siente amenazada, por favor hágamelo saber.

—Por supuesto, pero vaya en paz. Seguramente habrá sido algún muchacho que por hacer una gracia tiró alguna colilla por el ventanuco que da al callejón y tuvimos la mala fortuna de que se prendiera en los sacos vacíos que teníamos amontonados.

—Eso espero yo también. Que tenga un buen día —se despidió con el mismo gesto con el que me saludó, llevándose la mano a la sien y tocando los talones de sus zapatos.

Intenté albergar en mi corazón la misma tranquilidad que intentaba transmitirle al sargento, pero el recuerdo de aquella noche me dejó fatal. Me produjo semejante escalofrío que me quedé destemplada el resto del día.

Era prioritario examinar los muros del almacén y, sobre todo, la pared que daba al horno, pues si se hubiera resquebrajado a causa del fuego tendríamos un serio problema.

Caída la tarde estaba yo con Manuela en la cocina. Oía hablar a Manuel y a Antonio con un señor. Podía escucharles. Estaban mirando qué obra necesitaba el almacén para que pudiéramos volver a utilizarlo.

Salí mientras me secaba las manos con un paño de cocina. Al llegar a su altura, el hombre se encontraba de espaldas. Les saludé y se volvió. Manuel hizo las presentaciones oportunas, nos estrechamos las manos y empezó a explicarme lo que ya habían estado hablando.

Tenía que tener tres o cuatro años más que mi hijo mayor. Por su forma de expresarse, demostraba que tenía una gran experiencia en ese tipo de obras, o al menos así a mí me parecía. Y así me lo hicieron saber después mis hijos.

Al parecer, llevaba fuera del pueblo varios años y había regresado con su familia para instalarse en la casa que había pertenecido a sus abuelos y que ahora había quedado a su cargo. Era justo la que daba de trasera con la nuestra, a la misma vuelta de nuestra calle.

Al parecer su mujer estaba enferma, y él era quien se encargaba de todo, tanto del trabajo como de las labores del hogar. No tenían hijos y era imposible que, dada la situación en la que se hallaba su esposa, pudieran tenerlos.

Quedó que a la mañana siguiente empezaría a trabajar con nosotros y que en el plazo de dos semanas aquello estaría terminado.

Como dijo, cumplió y allí estaba. Mis hijos le tenían ya preparado todo lo que les había pedido y podría empezar enseñada, pues acordaron que los materiales corrían por nuestra cuenta.

No tardó mucho en derrumbar la pared que daba a la calle y que era la que había quedado más dañada.

En un par de ocasiones tuve que retirar la mirada, pues me había sorprendido observándole. No se incomodaba e intentaba buscar la mía para mantenerla.

Esta actitud me hizo sentir incómoda y evité tener trato con él, siendo irremediable el hecho de tener que conversar, pues no siempre se encontraban allí los muchachos y necesitaba que yo le indicara algunas cuestiones.

Transcurrieron los días llevándome por el sendero de unos sentimientos que tenía ya más que olvidados. No podía creer lo que me estaba ocurriendo, pues aquel hombre, que bien podría ser hijo mío, me hacía tener sensaciones que no debía ni permitirme. Su forma de hablar, de comportarse, las cosas que contaba que había vivido, y el amor que demostraba tener por su mujer, hicieron que anhelara sentirme querida por un hombre, que me quisiera de verdad, que deseara permanecer a mi lado al finalizar el día, después de un duro de trabajo, que le gustara sentarse conmigo en el salón a leer o escuchar la radio.... Para después irnos a dormir abrazados, como tantas veces había soñado cuando era más joven.

Sentía cómo cada vez que escuchaba su voz se me aceleraba la respiración, y deseaba que se dirigiera a mí para pedirme cualquier insignificante cosa. Me avergonzaba de estos sentimientos y pedía a Dios que nadie se percatara de ello. Me moriría si alguien se diera cuenta. Solo el tiempo curaría esta *enfermedad* sentimental, que me estaba turbando. Rezaba para que pronto acabara con la obra y así pudiera dejar de verle, aunque desde lo más profundo de mi corazón deseaba que no fuera así.

Estaba sacando un cubo de agua del pozo cuando la cuerda se me deslizó entre las manos. Me incliné para cogerla y si no hubiera sido porque me agarró por los brazos y me sujetó, mi cuerpo se hubiera vencido hacia el interior del pozo.

Me volvió hacia él y clavó sus ojos en los míos. Era como si mi visión se hubiera reducido al espacio que sus dos maravillosos ojos verdes ocupaban.

— ¿Te encuentras bien? — me preguntó, sorprendiéndome la libertad del tuteo.

— Sí, muchas gracias. Si no hubiera sido por usted me hubiera caído irremediablemente.

Remarqué el tratamiento para poner una distancia verbal que en esos momentos no existía físicamente, pues me hallaba tan pegada a él que tomaba mi aire con su

respiración.

—Vaya susto me has dado, me alegro haber estado aquí para cogerte.

Me separé y volví a darle las gracias.

—Habría que levantar el brocal de este pozo, así corre peligro de que cualquiera pueda caer.

—No se preocupe por eso, así lleva muchos años y así se quedará.

Me iba hacia la cocina, cuando escuché:

—Tienes una mirada espectacular.

Me paré en seco, pensando en darme la vuelta y reprender aquel comentario, pero decidí que mejor era hacer como que no lo había escuchado y reinicié mi paso para encerrarme en la cocina, no sin antes cerciorarme de que ni Manuela ni los muchachos habían presenciado tal escena.

No conseguía quitarme su mirada ni su comentario de la mente, me torturaba el pensamiento de querer volver a sentirme entre sus brazos, y me repetía una y otra vez que aquello era imposible, era muchísimo más joven que yo y, lo más importante, estaba casado.

—¿Qué era lo que pasaba por mi mente que me hacía pensar de aquella manera?

Dieron las ocho de la tarde y decidí buscar refugio y respuesta en la oración. Entré en la iglesia y me senté en unos de los bancos frente a la imagen de Jesús El Crucificado. Me arrodillé y empecé a rezar todo lo que sabía y el desconcierto de mi mente me dejaba recordar.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Diría que casi una hora, pues hacía tiempo que había escuchado las oraciones de la misa de tarde, y ya no oía nada. Me santigüé, y me levanté. Y allí estaba él. Arrodillado y rezando. Intenté pasar a su lado sin que me viera, pero fue imposible.

Se levantó y me acompañó, caminando a mi lado por el pasillo central. Salimos y me sujetó.

—¿Se te ha pasado el susto de esta mañana?

No podía dejar que se siguiera tomando esa confianza.

—Creo que no debería tratarme de tú, como yo lo hago. Por edad debería demostrarme ese respeto al menos.

—No sé si podré, pues viéndola no puedo tratarla como si de mi madre se tratase.

El hecho de que nos encontráramos en la calle evitó que le lanzara un bofetón por semejante falta de respeto.

—Si así te vas a sentir más cómoda, tranquila. Le hablaré de usted —dijo mientras se sonreía.

—Y su mujer, ¿cómo se encuentra?

Ya le había marcado el asunto de la edad anteriormente, y ahora quería poner en claro que conocía su estado civil y que no pensaba pasarlo por alto.

—Mi mujer, ella es el motivo de que estuviera rezando

—¿Rezaba por su curación?

—No, rezaba porque Dios la acoja pronto en su seno.

Tras el sobresalto inicial al escuchar semejante afirmación, presté detenida atención a la explicación que, sin pedirla, me estaba dando.

El relato de su relación y de la agonía que estaba sufriendo no solo su mujer sino él, me hicieron unir a mis sentimientos otro de admiración por la entrega total que desde hacía muchos años había tenido hacia su esposa.

—Hace muchos años que no he mantenido relación alguna con otra mujer que no haya sido la mía, y nunca me hubiera planteado tenerla. Pero al conocerla, no sé qué extraña sensación se ha apoderado de mi ser, qué es todo esto que mi corazón alberga. Intento quitarla de mi mente, pero me resulta imposible, ha despertado un sentimiento que creía que ya no estaba destinado para mí.

Corté de inmediato este despropósito de palabras.

—Quiero que me escuche muy atentamente. No sé qué tipo de desvaríos es el que está relatándome, pero no son de mi interés. Le ruego que, de ahora en adelante, no se dirija a mí para ningún tipo de asunto. Cualquier aclaración referente a la obra que está llevando a cabo en mi casa deberá tratarla con mis hijos, y si ellos lo creen oportuno ya me comentarán. Y le recuerdo que se comprometió a acabar en dos semanas, por lo que en el plazo de tres días deberá haber finalizado.

Di media vuelta y empecé a andar tan rápido como era capaz. Llegué a casa y fui directamente a refrescarme la cara, con la idea de echarme agua fría y que con ella se fuera de mi cara el arrebató que sentía.

Los tres días pasaron y cumplió lo exigido, La calma volvió a mí cuando les di el dinero a mis hijos para que liquidaran lo que hubiera pendiente en pago por la obra realizada.

La normalidad volvió a la tahona, y todo era como si nada hubiese ocurrido.

El buen tiempo traía con ello el cambio de los clientes que se acercaban a la tahona. Cambiaba a las madres y abuelas por la chavalería, que al estar de vacaciones escolares, eran los encargados de ir a comprar el pan para sus hogares.

Sabedora de este cambio, aprovechaba para poner más a la vista los botes de caramelos y regalices, pues tenían costumbre de gastar parte de las vueltas en dulces.

Ese ir y venir de chiquillos me hacía soñar con el día en que fueran mis nietos los que entraran y salieran con sus amigos, y a escondidas quisieran quitarme algún caramelillo que otro, y yo me haría la despistada para que creyeran que me engañaban.

La soltería de Manuela no dejaba de rondarme por la cabeza. Me extrañaba tanto que tuviera ese humor y esa alegría y sin embargo su vida vista de desde fuera no parecía ir más allá de lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes. *No sé qué es, pero algo está ocurriendo aquí.*

Nuevamente mis sospechas se acrecentaron cuando sin querer iba dirección a la cueva. Escuché que hablaban en ella Manuela y Antonio. Manuela, le insistía en que le diera algo que Antonio, al parecer, tenía y quería darle.

—Vamos Antonio, dámela. Dámela ya.

—¿Y qué hará la señorita por mí? ¿Eh hermanita? ¿Qué me llevo yo a cambio?

—Venga, no me hagas más de rabiar

Se oyeron fuertes risas de los dos y, al momento, salió Manuela, metiéndose algo en el bolsillo del delantal.

Se quedó parada y sobresaltada al encontrarme delante.

Al segundo, Antonio hacía su aparición y, con más soltura que su hermana, me saludó sin más, aunque su cara me dijo que allí acaba de pasar algo que ninguno de los dos quería que yo supiera.

Algo dentro de mí me decía que esto tenía algo que ver con Joaquín. ¿Sería posible, de verdad, que mis hijos estuvieran confabulando a mis espaldas? ¿qué me estaban ocultando?

Debía mantener la calma, porque someterle ahora a un interrogatorio no serviría de nada. Me llevaría un tiempo, pero como que me llamo Heliadora que averiguaré qué se traen estos entre manos, me dije.

Era domingo y, como ya era costumbre, todos mis hijos y sus mujeres venían a comer con nosotros. Manuela preparaba la comida y Antonio se encargaba de seleccionar una buena botella de vino. A mí no me dejaba hacer apenas nada para que pudiera disfrutar de la compañía de los invitados y, sobre todo, del pequeño Andrés, el primogénito de Juan.

Recuerdo con gran emoción el día en el que mi hijo me dio la buena noticia: iba a ser padre.

Desde ese momento todas mis labores de costura y ganchillo estaban ocupadas en hacerle todo tipo de ropa. Patucos, pololos, gorros, colchas, sábanas.... Y el mejor de los regalos, la capa de cristianar. Era preciosa, con sus encajes y sus iniciales bordadas. Su tía y yo pusimos todo nuestro cariño y empeño en que fuera la más bonita que se había visto hasta entonces.

Y cuando nació.... tan sonrosado y tan gordito. Tenía un hambre, que poco tardó en agarrarse al pecho de su madre y extraer, los primeros calostros que bien era sabido daban a los recién nacidos protección y mucha energía.

Era un niño muy alegre, y cada vez que venían invitábamos a tomar café a Blasco y a su mujer. Si algunos de sus otros hijos estaban comiendo con ellos, se acercaban y así todos pasábamos la tarde juntos y los primos jugaban en el patio. Éramos como una gran familia. Hablábamos, reíamos y pasábamos un rato de lo más agradable.

Fuertes gritos se empezaron a oír, venían del patio. Los niños lloraban y los corazones se aceleraron.

Salimos corriendo y el grito desgarrador de mi nuera me heló la sangre.

El pequeño Andrés se había caído al pozo. Se le escuchaba gritar desde el fondo. No sabíamos quién había retirado la tapa.

Juan lanzó el cubo y le indicó que se agarrara a él. Me convencí de que aquella tarde el Señor estaba entre nosotros, porque si no, no sé cómo una criaturita tan pequeña fue capaz de tranquilizarse y agarrarse a un cubo del que su padre tiró con todas sus fuerzas hasta que consiguió sacarle de allí.

Mientras Magdalena, miraba con atención cada parte del cuerpo de Andrés, Juan estaba como loco. Iba de un lado para otro y no dejaba de repetir que había que cegar, colocaba todo lo que encontraba encima y pedía a todo el mundo que se alejara de allí.

Entre tanto, el médico había llegado y estaba revisando la pierna de mi nieto. No tenía buena pinta y ordenó que había que llevarle a urgencias, tenía rota la cadera y la tibia.

Los días siguientes fueron un ir y venir al hospital, y un ir y venir de gente en casa. No hubo forma de convencer a Juan de que no podíamos cegar el pozo, necesitábamos su agua, pero el no dejó de decirnos que podíamos usar el mismo agua que usábamos para la cocina. En otras circunstancias no hubiera dejado que dispusiera de esa forma en mi casa, pero sentía cierto remordimiento, porque había sido allí donde mi nieto estuvo a punto de perder la vida. Afortunadamente, no fue así, pero los médicos nos habían informado de que muy probablemente le quedara una leve cojera que podría acentuarse en el paso de los años.

El pozo se inutilizó, y Andrés volvió a casa, después de veinticinco días, junto a Juan y Magdalena.

Nos costó varios meses tomar la medida al agua, y conseguir que las masas volvieran a tener la misma consistencia. Recibimos en ese tiempo las críticas de nuestros vecinos, pues decían que nuestro pan ya no sabía igual. Algunos lo achacaban a la harina, otros a la cocción, pero Blasco y yo éramos conscientes, ahora más que nunca, de que era el agua de aquel pozo lo que le había dado a nuestro pan la consistencia que había tenido hasta ese momento.

Capítulo 13

Cada vez más cerca

Todo iba a las mil maravillas. La casa iba tomando forma y yo me sentía cada vez más involucrada en el pueblo. Desde las fiestas, y ya habían pasado unos cuantos meses, había salido en varias ocasiones con la gente que me presentó Javier a cenar, al cine... mi vida social empezaba a animarse, y eso me gustaba.

Mi relación con Javier también había mejorado, aunque cuando se trataba de trabajo manteníamos las distancias y el trato era más impersonal, habíamos quedado en varias ocasiones para salir juntos. Teníamos muchas cosas en común, lo mismo íbamos a un concierto de jazz, en una sala lúgubre, de pequeñas mesas redondas de mármol y sillas de enea, que entrábamos en la disco de moda. O quedábamos para ir al cine, aquí discrepábamos un poco, pero al final siempre nos poníamos de acuerdo. Nos gustaba coger el coche y conducir, hasta llegar a cualquier pueblecito que veíamos desde la carretera y nos llamaba la atención y decidíamos parar para visitarlo. En realidad era una excusa, lo único que queríamos era estar juntos y hablar y hablar. Era una caja de sorpresas. Con él nunca me quedaba sin tema de conversación. Me encantaba estar a su lado. Me ayudó a olvidar, y a disfrutar de nuevo de las pequeñas cosas.

Los días se habían vuelto tranquilos y sosegados. Solo alterados por mis percepciones y mis deseos de controlar cada día más aquellos sentimientos y sensaciones.

De nuevo esa sensación de inquietud me invadía, me faltaba el aire, me sentía nerviosa. *Ya estás aquí otra vez* —pensé

Sentía tu presencia, otra vez la mujer de la foto. La sentía muy cerca de mí, y un pensamiento me taladraba la cabeza. *Queda poco tiempo. Queda poco tiempo;* me repetía ella una y otra vez.

—Poco tiempo para qué, qué pasa, qué quieres.

Me desconcertaba no ser capaz de entender este tipo de mensajes y saber qué es lo que quería.

Me retiré a mi habitación, encendí un poco de incienso y una vela blanca para iluminar la estancia y crear un ambiente relajante.

Preparé la bañera con sales y espuma y me deslicé en ella. Sentir el agua caliente y el aroma a rosas de las sales me transportó en breve a un estado de bienestar absoluto.

Cerré los ojos y de nuevo una gran cantidad de escenas se apoderaron de mi mente. Intentaba abrir los ojos, pero me resultaba imposible.

Qué me está pasando, por qué no puedo incorporarme, qué es todo esto: pelea, sangre, muerte. Una camisa blanca llena de sangre, un puñal. Dolor en el estómago.

Sobresaltada, conseguí abrir los ojos, salí de la bañera, envolví mi cuerpo en la toalla grande y me fui a la habitación.

Estaba acelerada, intentaba poner en orden todo aquello que había visto, qué era aquello, que quería decirme.

Me sequé y mientras extendía la crema hidratante por mi cuerpo, intentaba organizar todas aquellas imágenes.

Un hombre de mediana edad, alto, bien peinado, y aparente. Lleva una camisa blanca manchada de sangre. Y la mano sobre el estómago.

Un puñal. Dónde había visto yo eso antes.

La cara del hombre me es familiar, será alguien que conozco.

Me estás avisando del futuro. Algo horrible va a pasar. Tengo que hacer algo por impedirlo. Cómo sabré quién es ese hombre.

Me acosté. Intenté conciliar el sueño, pero el recuerdo de lo ocurrido me lo impedía, daba una y otra vuelta sin poder descansar. Sonaron las cinco en la torre, mis parpados empezaron a sentirse cansados y no pude mantenerme despierta. Por fin me dormí.

Menos mal que era sábado, si hubiera tenido que madrugar para abrir a los albañiles, no hubiera podido. Así tenía todo el día para intentar averiguar qué era lo que había pasado ayer. De repente me acordé de la foto. ¿Dónde la había puesto? Ah, sí, en la cajita de madera.

La tomé con mucho cuidado entre mis manos, como siempre hacía, porque realmente me daba la sensación de que bajo esa apariencia de dureza, *se me antojaba frágil*. La abrí, y como si de una ceremonia se tratase, saqué una a una las cosas que allí, tenía. De nuevo la llave. *Seguro que algún día me darás alguna sorpresa*. Los patrones, y la foto.

La miré detenidamente. Solo en ese momento me percaté de la tristeza que transmitían sus rostros. Anteriormente solo me había fijado en el conjunto, en el grupo de personas que allí estaban retratadas, pero sin mirar detenidamente a cada una de ellas. Sobre todo, de la mujer mayor emanaba una pena que me sobrecogió el corazón y emocionó de tal manera que me sorprendí llorando.

Alguna vez había dudado entre las dos mujeres de la foto, pero ya no tenía dudas, eras tú Heliodora la que quería mi ayuda.

— ¿Por dónde empezamos? Ayúdame, guíame, quiero conectar contigo y resolver este rompecabezas para darte la paz que necesitas y que puedas ir a la luz.

Me escuchaba y parecía una *médium* profesional. Nada más lejos de la realidad, pero tenía que creer en mí, tener fe. Empecé a rezar. Me entregué a esta causa, me ofrecí como mera transmisora de mensajes. *Haz conmigo lo que creas que debes hacer, utilízame como consideres oportuno.* Y allí estaba, mirándome con una leve sonrisa y envuelta en un halo de luz que parecía iluminar la habitación.

—Ayúdame, dile que no guardo rencor, que lo que pasó tenía que pasar y que debemos cerrar viejas heridas. Pido perdón por todo lo pasado.

Allí me quedé, de pie y observando el espacio donde hacía un momento te habías aparecido ante mí y ahora ya no estabas, y tu mensaje no me aclaró mucho más de lo que ya conocía.

—¿A quién no guardas rencor?, ¿quién tiene que perdonarte y por qué?

La imagen del puñal volvió a mí.

¿Dónde lo había puesto? Fui a la caja grande y busqué entre las cosas almacenadas. Allí estaba, envuelto en un periódico de la época. Lo desenvolví y tomé entre mis manos.

Otra vez.... Nuevas imágenes llenaban mi mente: dolor, disputa, odio, rabia, dinero, sangre. Y otra vez el mismo hombre, la misma camisa manchada. Solté el puñal y las imágenes cesaron. Estaba tan cansada que me senté en la mecedora y me dormí.

Cuando quise despertar eran casi las siete de la tarde y ya era de noche. Me agotaban esas visiones, pero tenía que ser capaz de cumplir con lo que me estaban pidiendo.

Bajé a la cueva a ver si allí conseguía entender algo, encendí la luz, y toda ella se iluminó. *Cómo me gusta estar aquí. Cuánto bien siento y cuánta energía llega a mi ser.* Me sentía totalmente conectada con aquel lugar. Volví mis pasos a la entrada, y sintiendo un gran hormigueo por todo mi cuerpo lancé un pensamiento. *Guíame.*

Caminé lentamente y, como siempre, lo hice recto. *Por aquí hay una pared.* Dije en voz alta.

Y sentí que allí detrás continuaba el pasillo, y que daba a otro pozo por el que se podía salir al exterior. Retrocedí dos pasos, y mi inercia me llevó hacia la derecha. *Volvemos a equivocarnos,* allí no hay nada, solo otra pared. El camino sigue por la izquierda.

—Lo que buscas está ahí, —escuché claramente.

Me asusté, y salí de allí. *Dios mío, ¿me estaré volviendo loca?.*

Encendí la televisión y puse una película. Necesitaba estar tranquila, habían sido demasiadas emociones para un mismo día. Me preguntaba si ahora siempre sería así. ¿Estaba preparada para algo como esto? Dudaba de mi capacidad. No debía dudar de mí. *Mañana seguiré.*

La visita de unos amigos hizo del domingo un día entretenido, que me alejó de mis inquietudes sobre los deseos de Heliadora. Me gustaba llamarla por su nombre. Ahora formaba parte de mí.

Esperé atenta a que llegara Javier. Cuando le vi, le pedí que me acompañara y bajamos a la cueva.

—Me gustaría abrir aquí —le dije señalando el hueco donde había tenido aquel estremecedor pensamiento, con el deseo de que fuera cierto, y que aquello que andaba buscando, y que no sabía qué era, apareciese, como lo hizo el agua del pozo.

—¿Me vas a explicar por qué quieres hacer eso? —me preguntó Javier.

—Ni si quiera yo lo sé. Solo quiero saber si hay algo ahí detrás

—Si es importante para ti, lo haré. Si te parece, esta tarde al irse los compañeros, bajaré y cavaré, veremos si aquí también hay agua —dijo sonriéndome.

—Muchas gracias.

No veía el momento en que los trabajadores recogieran y se marcharan. Por fin la casa quedó vacía. Javier tomó un pico y una pala y bajó a la cueva.

Con decisión, empezó a picar. Le veía allí, golpeando aquella pared y sacando arena con tanto esfuerzo que deseaba que no fuera en vano tanto trabajo.

Estaba a punto de decirle que lo dejara cuando el pico sonó de diferente manera al golpear el muro.

—Aquí hay algo.

Cogió la pala y siguió retirando arena. Ladrillos. Golpeó con fuerza hasta que consiguió romperlos y ver tras suya. Y ahí estaba, una puerta.

No pude evitarlo. Las lágrimas brotaron de mis ojos emocionados. Nunca hubiera imaginado aquello. *Cuántas cosas me tenías ocultas. Y cuántas ibas a dejarme descubrir.*

—Espera un momento.

Subí a la habitación abrí la caja y cogí la llave.

Todo mi cuerpo temblaba de emoción. ¿Sería esta la llave que abriera esa puerta?. Me alegraba no estar sola, y le pedí a Javier que hiciera los honores. Introdujo la llave en la cerradura y consiguió dar una vuelta. El sonido retumbo en toda la cueva. Me coloqué tras él. No fue fácil mover la hoja de la puerta, pero al fin consiguió deslizarla lo suficiente como para poder entrar allá donde nos llevara.

Nos miramos y, sin hablar, los dos entendimos que íbamos a entrar. Llevaba una linterna en la mano, avanzó dejándome suficiente espacio como para que pasara. No queríamos adentrarnos más, pues no sabíamos en qué situación se encontraba lo que en principio parecía ser un cuarto oculto. Encendió la linterna. Se trataba de una habitación de no más de seis metros cuadrados. Encontramos un colchón, una palangana de porcelana y una vieja bolsa de cuero marrón. La abrimos y allí lo

encontramos, una camisa que apuntaba a que en algún momento fue blanca, con una gran mancha marrón en el centro con una raja de casi un palmo que puesta quedaría a la altura del estómago.

No tenía palabras para describir lo que sentí en esos momentos. Le pedí a Javier que no hablara con nadie de esto. Mañana bajaríamos de nuevo, volveríamos a echar un vistazo y tapiaríamos de nuevo aquel cuarto.

Preparé algo de cena y le invité a que se quedara. Mientras cocinaba, sentí la necesidad de darle alguna explicación. Sin entrar en muchos detalles, le dije que al igual que supe que encontraríamos agua, tuve la sensación que allí podíamos hallar algo.

Quedó conforme. Cenamos y le despedí hasta el día siguiente.

Mientras recogía, volví a tener esa sensación que me indicaba que no estaba sola. *Vuelve a dejarlo todo como estaba*, era el mensaje que en esta ocasión me estaba haciendo llegar.

Tranquila, así lo hare, contesté mentalmente. Y la sensación desapareció.

No dejaba de pensar en qué era lo que allí había pasado. Estaba claro que allí se había ocultado a alguien y que, además, parecía haber estado malherido.

¿Sería por culpa de Heliodora? ¿Era a este hombre a quien quería pedir perdón? No dejaban de surgirme preguntas a las que no podía dar respuesta.

—Laura —me llamó Javier.

—Dime, qué ocurre.

—Nada solo quería comentarte una cosa.

—Tú dirás.

Era ya costumbre nuestra que cada vez que queríamos hablar bajábamos a la cueva. La sensación de que había alguien allí, volvió a mí. Pero no consiguió distraerme de lo que Javier me estaba contando.

—Espero no disgustarte, pero me impresionó tanto lo del cuarto, que he tenido que indagar un poco para saciar mi curiosidad.

—Te pedí que no hablaras con nadie de esto —dije en tono enfadado.

—Tranquila, no lo he hecho, solo he preguntado. Te recuerdo que son familiares míos y no necesito dar muchas explicaciones de por qué me intereso por ellos.

Este hecho me tranquilizó, y me sentí impaciente de saber lo que Javier me tenía que contar.

—No he podido averiguar mucho, pues es como si nadie quisiera hablar de una parte de la historia familiar. Pero, al parecer, el esposo de Heliodora no tuvo un final muy halagüeño, de hecho estuvo desaparecido algún tiempo.

Los dos entendimos que nunca había desaparecido en verdad, sino solo a los ojos de la gente, porque siempre permaneció en la casa. O al menos así lo creímos en aquel momento.

Capítulo 14

Cicatrizando heridas

Las dudas de lo que se traían entre manos Manuela y Antonio no me dejaban estar tranquila. No podía soportar la idea de pensar que me estuvieran engañando. De ser así, cómo debía actuar con ellos en el momento en que lo descubriera.

Prefería no pensarlo. Desayuné, y como cada día salí a barrer la acera. Estaba enfrascada en mi labor cuando una voz me distrajo.

—Doña Heliodora.

Me volví y allí estaba él, plantado ante mí. Joaquín.

No había visto antes tal temeridad, quizá no sabía que no solo no quería que mi hija se relacionase con él, sino que yo no quería que tuviera ningún contacto con alguno de nosotros.

Mi cara se tornó seria y desafiante.

—Por favor, déjeme que la hable.

Reconozco que no le dejé hablar porque pudiera interesarme lo que tuviera que decirme, sino porque si quería saber si seguía manteniendo relación con Manuela, aquel era el mejor momento.

—Dígame, pero rápido que tengo prisa.

—Quería hablarle de Manuela.

Sentí que mi corazón me golpeaba el pecho con gran fuerza.

Con un gesto le indiqué que prosiguiera.

—Sé que no quiere que se hable conmigo. Cierto es que a mi familia tampoco le agrada mi interés por ella.

Me rechinó tanto esta afirmación que estuve a punto de cortarle y mandarle de vuelta por donde había venido. Me contuve y le dejé continuar.

—Quiero que sepa que no estoy dispuesto a renunciar a su amor. Que desde que la vi en la plaza no hago otra cosa que pensar en ella. No quiero que pase ni un solo día más sin poder estar a su lado, sin poder salir con ella de la mano a pasear por el pueblo, como cualquier otra pareja.

Y prosiguió.

—Mi amistad con su hijo Antonio, ya sabe nos conocemos desde críos, me ha trasladado una imagen de usted que admiro profundamente. Es para mí un referente de lo que ha de ser una buena madre y una mujer de su casa. Tiene unos valores de

respeto a su familia y a la gente que trabaja para usted que he intentado incorporar a mi vida y que he conseguido gracias a Manuela, que me ha hecho sabedor de todas sus costumbres y su modelo de vida.

Parecía no tener fin sus palabras.

—Déjeme formar parte de esta familia. No quiero que piense que reniego de la mía, pero sí es verdad que no comparto muchas decisiones y aptitudes que en su seno se han tomado. No quiero ser partícipe de ello.

Por mi parte no podía hacer más que escuchar.

—Llevo mucho tiempo buscando el momento adecuado para hablarle como la estoy hablando. Le agradezco su atención y su respeto, y quiero pedirle formalmente que me dé consentimiento para poder hablar con su hija sin tener que ocultarnos.

Las palabras de aquel muchacho llegaron a mi corazón y no pude darle respuesta en ese momento más allá de emplazarle a un futuro.

—Tendrás noticias mías.

Me volví y entré en la casa.

Lo sabía. Sabía que me estaban engañando. Entré en la cocina y allí estaban los dos desayunando como si no pasara nada. Cómo tenían tan poca vergüenza.

Me senté con ellos y me puse a pelar unas judías verdes que quería preparar para la comida. Los miraba atentamente, pensando cuál sería el mejor momento para descubrirles.

Nos dispusimos todos a nuestras labores, mientras que atendía a unos y a otros en la tahona. Pensaba en las palabras de Joaquín. Intentaba reconocer en mí un sentimiento negativo hacia aquel muchacho, pero realmente no tenía nada en contra de él. Su único pecado era ser hijo de quien era. Aunque tampoco podía echar en el olvido aquella noche.

Cómo olvidarlo.

Llevaba varios días lloviendo, de mañana y de noche. Trabajábamos muchas horas. Habíamos decidido ampliar el horno y no podíamos permitirnos bajar la producción a pesar de las obras.

Estábamos amasando cuando oímos un golpe seco en la parte trasera. Al tiempo, escuchamos jaleo en la puerta principal. Casi nos tiran la puerta abajo. Fui a abrir para ver qué era aquel alboroto. Blasco se mantenía a mi espalda, pues no le había gustado ese barullo.

Casi no había retirado el tronco de la puerta, cuando la dieron un empujón que casi me tira al suelo de no haberme sujetado Blasco. Dos hombres se adentraron en mi casa.

—¿Dónde está?, ¿dónde está su marido?

—Dígale que salga, que tenemos que ajustar cuentas.

—Aquí no está, —me apuré a decir—. Salió esta tarde y no ha regresado.

No les di tiempo a responder.

—Fuera de mi casa, váyanse de aquí o tendré que llamar a la guardia civil.

—Hágalo, llámela y así se llevarán a su marido.

Les empujamos hasta la calle y, al salir afuera, escuchamos más gritos y lloros.

Blasco fue a mirar qué era lo que pasaba y, al volver, su cara estaba totalmente desencajada.

Al parecer Manuel y Leopoldo habían tenido una disputa en la calle y este había quedado tirado en el suelo. Estaba muerto.

—Lo ha matado, lo ha matado —gritaba su mujer, de rodillas a su lado.

No daba crédito a lo que estaba escuchando de boca de Blasco.

—¿Qué me estás diciendo, que Manuel ha matado a Leopoldo? No puede ser, cómo va a ser.

Recordamos al tiempo el ruido de la parte trasera y nos dirigimos al patio. Salimos y no vimos nada ni nadie.

Solo al entrar de nuevo a la cocina Blasco se percató de unas pequeñas gotas de sangre que había en el umbral de la entrada. Miró detenidamente al suelo y vio otras que seguían por el pasillo. Nos llevaron hasta la cueva. Quién estaba allí, y cómo no nos habíamos percatado de su presencia.

Debió aprovechar mientras aquellos hombres nos increpaban e insultaban. Blasco llevaba en la mano un gran cuchillo de cocina. Bajamos sin saber quién se había escondido allí.

Seguimos el rastro de sangre, que nos llevó hasta el pequeño cuarto que usábamos como despensa. Y allí estaba tirado en el suelo. Era Manuel. Mi esposo.

Blasco se arrodilló y le descubrió la camisa. La sangre brotaba de su vientre, y sujetaba en la mano un puñal ensangrentado.

Aunque Manuel nunca se había portado bien con Blasco, este siempre le había tratado con mucho respeto. Y allí estaba arrodillado ante él intentando salvarle la vida.

Yo llegué con lo que me había pedido. Me subí y limpié la sangre que había por el suelo.

Fue una decisión acertada, pues no tardaron en llamar de nuevo a la puerta.

La guardia civil.

—Buenas noches señora. Perdone que la molestemos pero venimos buscando a su marido. ¿Le puede avisar para que salga?

—Nada me gustaría más, pero no se encuentra en casa.

—¿Y sabe si tardará mucho en volver?

—Me gustaría poder decírselo, pero no es su costumbre darme explicaciones de dónde va y de dónde viene y mucho menos decirme si va a volver. No sería la primera vez que ha estado fuera varios días.

—Podemos mirar.

—Si ponen en duda mi palabra y creen necesario invadir mi casa, no les detendré. Pero esta casa es de una familia de bien, y tengan por seguro que cuando mi marido vuelva, le daré mensaje de que ustedes quieren hablar con él, y si es necesario yo misma le acompañaré al cuartel.

Debí ser lo suficientemente convincente, porque la pareja se dio media vuelta y se marchó.

Respiré profundamente, y solo entonces fui consciente de lo que acababa de hacer.

Les había mentido y estaba encubriendo a un hombre que más allá de ser mi marido, todo indicaba que había matado a una persona.

Bajé y el panorama era desolador. No dejaba de sangrar. La palangana estaba roja, y los trapos que había bajado tenían el mismo color. Tuve que contener las náuseas que me produjo el olor dulzón que se había extendido por toda la habitación.

Blasco me pidió que me acercara. Necesitaba que le sujetara, pues iba a echarle alcohol en la herida y el dolor podría hacer que se retorciera abriéndola aún más.

Le sujeté como me indicó, y al caer el alcohol, dio un grito de dolor tan fuerte que retumbó en toda la cueva. Nuestros corazones se pararon solo de pensar que alguien hubiera podido oírle. Debió ser tal el dolor que experimentó que se desmayó.

Blasco se quedó allí pendiente de su herida. Acomodó una cama con un colchón y me dijo que me acostara y que descansara, que mañana sería otro día.

Subí y me fui a mi cuarto. Me acosté, pero no pude quedarme dormida. La imagen de mi marido sangrando no me lo permitía. No dejaba de pensar en lo que habría ocurrido, y en cómo esto podría perjudicar no a mí, sino a mis hijos. Por nada del mundo quería que se vieran agraviados por algo así, y no sabía qué hacer para ocultarles esta situación.

No había amanecido cuando bajé a la cueva; Pude apreciar que Blasco no había parado en toda la noche. No sé cómo, pero había logrado disimular la entrada al cuarto donde estaba Manuel, de forma y de manera que si alguien bajaba allí, sin conocer la cueva no podría apreciar las pequeñas modificaciones de distribución que había hecho.

—Blasco, gracias por todo esto, nunca podré agradecerte suficiente lo que estás haciendo.

—No tienes nada que agradecerme, y no lo hago por él. Lo hago por vosotros. Sinceramente, he deseado que no superase esta noche, pero de momento ahí sigue y

mientras así sea, te ayudaré en este asunto.

Entendí perfectamente las palabras de Blasco y no podía reprochárselas. Manuel se había portado con él cruelmente y hubiera entendido que al verle en semejante circunstancia, se hubiera marchado y me hubiera dejado allí sola.

Los siguientes días fueron largos y muy dolorosos. La fortuna nos acompañó y pudimos ocultar lo ocurrido a mis hijos. Pero la herida no curaba, no terminaba de sangrar y la infección era cada vez mayor. Aquello no tenía buena pinta.

La gente que venía a comprar el pan estaba dividida, entre los que me miraban como afirmando que yo era la mujer del que había matado a Leopoldo, y otras de lástima, como diciendo: *“Pobre mujer, lo que ha hecho su esposo”*. Fuera la que fuera, hacían que me sintiese incómoda y no veía el momento de cerrar la puerta.

Aquella noche ya no pudimos hacer nada más que pensar cómo haríamos para hacerle aparecer sin despertar sospechas de que lo habíamos tenido oculto.

Aprovechamos que los chicos habían salido para subirle a mi cuarto mientras yo limpiaba todo. Blasco lo organizó arriba, para que pareciera que había llegado de imprevisto. Consiguió dejar muestras de sangre en la calle y en la puerta, así como a lo largo del pasillo hasta la habitación.

Me indicó que me quedara acompañando el cuerpo, que él iba al cuartel a dar aviso de que se había presentado en la casa en una situación lamentable, que no sabíamos cómo había conseguido llegar así hasta allí, y como pudimos le habíamos acostado. No queríamos dar muchos detalles, para no caer en contradicciones y que después de todo lo pasado pudiéramos vernos envueltos en algún problema que queríamos evitar a toda costa.

Llamaron a la puerta y la abrí con el convencimiento de que sería Blasco, pero me sorprendió encontrarme allí a mis hijos. Tampoco era de extrañar, aunque les esperaba mucho más tarde. Tal fue mi cara de asombro que se asustaron y enseguida empezaron a acosarme con preguntas. Apenas pude darles las explicaciones que teníamos preparadas. Solo pude llevarles hacia la habitación y mostrarles la escena dramática que allí habíamos montado.

Su padre estaba moribundo tendido en la cama. Sus caras, desencajadas, me estremecieron mucho más de lo que ya estaba.

El drama se cernía sobre nosotros. No tardó mucho en sonar la puerta y ahora sí era Blasco acompañado de la pareja de la Guardia Civil.

Entraron en casa y les acompañé también al cuarto, relaté lo que teníamos preparado y que acababa de contar a mis propios hijos. Todo fue saliendo casi casi como lo teníamos preparado. Apenas llevaban un par de minutos la pareja en la habitación cuando Manuel expiró, y con su último respiro yo caí de rodillas al suelo, no tanto por

la pena de su muerte sino por la sensación de pensar que aquello había acabado ya. A partir de ese momento, no recuerdo mucho más.

Al poco tiempo todos mis hijos estaban en casa. Fueron ellos quienes se encargaron de todo. Velamos su cuerpo toda la noche, y a la mañana siguiente le dimos sepultura en el cementerio del pueblo. Fue uno de esos entierros multitudinarios, no tanto por el aprecio que le pudieran tener a Manuel —más de uno y una de los que se acercaron a darnos el pésame se alegraban de que estuviera bajo tierra— sino por el cariño y respeto que le tenían a mis hijos, entre ellos muchos de sus quintos que allí se congregaron.

Fueron sus hijos, junto con Blasco y mi cuñado Rafael, quienes cargaron el ataúd a hombros y lo llevaron hasta el cementerio, que no estaba lejos de la iglesia. Les seguíamos Manuela y yo, cogidas del brazo y ayudándonos mutuamente para no caer derrumbadas de agotamiento. Detrás de nosotros casi medio pueblo que, en riguroso silencio nos acompañaba. A pesar de todo lo vivido al lado de Manuel, recuerdo el momento en que le echaron la primera pala de tierra encima con mucho dolor. Todo lo demás es un recuerdo vago. Uno tras otro, fueron pasando dándonos el pésame al pie de la sepultura.

Nos retiramos a casa y cerré la puerta tras de mí, dejando a mis espaldas una etapa de mi vida.

Sí, mi marido mató a Leopoldo pero más tarde supe que él fue quien primero apuñaló a Manuel; que se lo encontró de vuelta de la partida que acostumbraba a jugar y donde, al parecer, Leopoldo había sido objeto de burla por la relación que mantenía con su mujer. Le había estado malmetiendo hasta volverle casi loco. Y todo eso se volvió contra Manuel.

Salió a su encuentro. Al parecer, apenas le dejó tiempo para entablar discusión alguna cuando se lanzó contra él y le clavó el puñal que llevaba en la mano. Manuel, como pudo y no sintiéndose herido, se fue hacia él y en la reyerta le arrebató el puñal con la mala fortuna de que en uno de los lances se lo clavó el puñal en el pecho, a la altura de corazón, cayendo de manera fulminante al suelo. Aprovechando que los testigos se fueron hacia el caído, Manuel se escabulló y desapareció.

Los recuerdos, turbaron mi mente por un rato.

Cada uno de nosotros había continuado con su rutina, pero yo no podía seguir con aquello en mi cabeza, y decidí poner el asunto sobre la mesa

—Antonio, Manuela, por favor acercaros un momento.

Antonio dejó los sacos de harina que colocaba en el almacén, y Manuela las labores en las que andaba.

—¿Que ocurre?— me preguntaron casi al unísono.

Les miré tan fija y fríamente como me fue posible, porque al verles allí de pie derecho y entendiendo que no podía continuar con aquella mentira, me resultó imposible lanzarles el discurso que tenía preparado.

—He hablado con Joaquín —les lancé sin pensar.

Sus caras cambiaron por completo la expresión y esperaban de mí lo peor. Continué

—Lamento mucho haberme comportado de la forma en la que lo he hecho. He tardado pero al fin he llegado a comprender que ninguno de vosotros, incluido Joaquín, tenéis culpa de los errores que otros hayamos podido cometer, y no seré yo quien alargue todo esto más en el tiempo.

Seguí.

—Manuela, tienes mi permiso para ver abiertamente a Joaquín y, si en un futuro es vuestro deseo, contraer matrimonio. Vaya hoy por delante mi consentimiento a dicho enlace.

Y ahora le tocaba el turno a mi hijo.

—Antonio, sé que has ayudado a que tu hermana siguiera en contacto con él, y si bien el hecho de desobedecerme no lo esperaba de ti, en este caso, y sin que sirva de precedente, lo agradezco, pues de no haber sido así, habría cometido uno de los peores errores de mi vida.

Ambos se acercaron a mí y me abrazaron con tal fuerza que apenas podía respirar.

Los aparté dulcemente, pero retomando mi sentir de haberme sentido engañada por mis hijos les reprendí.

—Dejémonos ya de tantas ñoñerías y todos a trabajar, que la panadería no sabe de sentimentalismos y con ellos no se come.

Retomamos nuestras obligaciones y sentí que mi corazón estaba en paz, al menos con mis hijos. *Dios os colme de felicidad.*

Capítulo 15

Decorando la vida

La obra está terminada, o al menos eso decía el documento que tenía entre mis manos. Era el certificado de fin de obra.

Ahora quedaba la parte más personal, decorarla.

Me paseé por cada una de las estancias, y disfruté del silencio que había dejado la ausencia de trabajadores que hasta aquel día habían formado parte de mi rutina diaria.

Hoy, como hago cada día desde que estoy aquí, barrí mi acera. Qué mejor manera de empezar el día que así, limpiando para que nada malo o sucio entrara en mi casa.

Fui a la cocina y casi me puse a llorar. Era preciosa y grande. Tan grande como siempre había soñado. Deseaba que pronto se llenara de gente con copas en la mano y pasar una velada de lo más agradable. Ya pensaba en esa fiesta de inauguración. Fui al salón, al comedor y, cómo no, a la cueva.... Encendí la luz, y allí estaba, tan llena de vida. Así la sentía yo.

Sonó el timbre y salí a abrir, era Mónica. Éramos amigas desde la infancia, y aunque nuestros caminos se habían separado muchas veces, siempre habíamos vuelto a reencontrarnos. Este era un buen momento para pasar tiempo juntas. Era diseñadora de interiores, y aunque tenía muy claro cómo quería decorarla, ella iba a ayudarme a encontrar los mejores sitios para comprar todo lo que necesitaba. Siempre venían bien las propuestas que pudiera aportarme una profesional.

Le conté mis ideas y después de aconsejarme un par de cambios, las dos tuvimos claro que era el momento de empezar a ir de compras.

Pasamos todo el día viendo tiendas, telas, sillones, muebles, lámparas...Estaba agotada, pero encantada de ir imaginando cómo iba a quedar todo.

Llegué y me fui directa al baño. Desde que vivía allí, había aprendido a disfrutar de gratificantes y relajantes baños de espuma, que en otros tiempos ni hubiera imaginado porque la frenética vida que llevaba lo más que me permitía eran rápidas duchas calientes y frías que activaban mi organismo y mi mente, para seguir con todo lo que en aquel momento tuviera entre manos.

Ahora todo era tan diferente. No solo mi vida había cambiado en estos meses. Yo misma sentía que había cambiado mi concepción de la vida, del hoy y del mañana, de esta vida y de la que hay después eran muy diferentes a las que tenía cuando llegué aquí.

Y me sentía tan feliz, tan llena de vida, de energía. Me sentía capaz de todo. Me sequé y me dediqué unos minutos más para hidratar mi cuerpo. Me puse el conjunto de lencería de algodón y una de las camisetas talla XL que utilizaba para estar en casa. Me sentía así tan cómoda y tan sexy a la vez. Qué pena que no tuviera quien pudiera apreciarlo y disfrutarlo, pensé, mientras sonreía pícaramente.

Abrí una botella de vino blanco que tenía en la nevera. Me serví una copa y saboreé ese primer trago con los ojos cerrados, dejándome invadir por su sabor y su aroma, me preparé una pequeña ensalada de canónigos, nueces, queso de cabra y una vinagreta de miel y vinagre de Módena. Lo único que tenía aquello de *light* eran los canónigos. Siempre había creído que lo que comes con gusto no engorda y con ese pensamiento, cené. Me resultó exquisito.

Tomé el libro que tenía a medias, encendí una vela aromática y me senté en mi hamaca para leer tranquilamente, tapada con una pequeña manta de tacto dulce. Cómo me gustaba ver desde esa posición el cielo. Jamás antes había podido disfrutar de una vista tan maravillosa. La sensación de haber tomado la mejor decisión de mi vida, comprar aquella casa, me invadió, y con este pensamiento me acosté.

—Pronto tendré que irme. Devuelve a mi casa, la alegría que un día tuvo, y llena tu vida de felicidad como yo la he tenido. Porque, a pesar de las desgracias, siempre hay grandes momentos de ilusión y amor.

Con este pensamiento me desperté, y con él me propuse guiar el resto de mi vida. Era tal el respeto que Heliodora había despertado en mí, no solo hacia a su persona sino hacia a todo lo que aquella casa había significado para ella y para todo aquel que había tenido la suerte de pasar por ella, que lo menos que podía hacer era cumplir con su deseo. Sabía que aquello daría plenitud a la mía.

Los siguientes días fueron un ir y venir de tiendas, y de visitas de Mónica. Llegamos a una pequeña tienda de antigüedades y allí la descubrí. Era la vitrina que llevaba buscando tanto tiempo. La compré sin dudarla. Tenía ya su sitio destinado y todo aquello que expondría en su interior.

Me sentía como una niña con juguetes nuevos. Estaba deseando que me la llevaran para colocarla y disfrutar de ella.

De nuevo un trasiego de gente volvía a mi casa. Montadores de muebles iban y venía cada día, cuando no tocaba el turno a las habitaciones, le tocaba a los muebles del salón y si no al comedor.

Cada día acababa a las tantas colocando y limpiando, pero no me sentía cansada. Al contrario, cada día sentía más energía, más ganas de volver a empezar y seguir dando forma a mi sueño, que ya era una bella realidad.

No todo en este tiempo había sido decoración, también había estado en contacto con Roberto, el informático que me estaba diseñando la página web. Estaba todo casi preparado solo esperando a que le enviara fotos de las habitaciones para colgarlas y lanzar mi casa rural al mundo internauta y distribuirla por toda la red de webs de hoteles y casas rurales, hasta que llegaran las primeras reservas. No puedo negar que me atormentaba un poco el hecho de que aquello que yo había construido con tanto cariño y tanto amor quedara, en cierta medida, expuesto a desconocidos. Fue la primera vez que dudé en seguir adelante con el proyecto de casa rural y sentía que debía ser una casa familiar.

Sentía en mi corazón que, igual que todo en la casa estaba quedando acabado, mi relación con Heliodora, como ya ella me había indicado, estaba a punto de terminar y que definitivamente tendría que despedirme de ella.

Solo una cosa quedaba pendiente, y no sabía muy bien cómo lo llevaría a cabo. Era aquello que me dijo de pedir perdón y sentirse perdonada. Imagino que igual que todo había ido surgiendo, esto también sería así, y que cuando llegara el momento, sería consciente de ello.

Todo estaba ya en su sitio, cada habitación estaba decorada de una forma diferente, pero todas tenían un punto en común, algún cuadro donde apareciera alguna pieza de pan. Era un pequeño guiño al recuerdo de la tahona que en tiempos atrás allí había existido.

Y llegó el día tan esperado. Hoy me traían la vitrina. Tenía todo preparado para colocarla y hacerle una foto. Eso y colgar el cartel con el nombre de la casa. Era lo último que me quedaba para dar por finalizada la remodelación.

Capítulo 16

Amor y odio

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz. Mejor dicho, nunca me había sentido tan feliz. Ahora sí sentía que mi vida había alcanzado su plenitud.

El negocio había recobrado su esplendor después del cambio del agua. Conseguimos recuperar el sabor y la textura de nuestro pan, y nuestra repostería y bollería llegaban de nuevo a las mejores casas de Toledo y Madrid. Y, por supuesto, a las de nuestros vecinos.

Salí como cada día a barrer la acera. Los vecinos me saludaban y yo les saludaba a ellos. Notaba una gran cordialidad, quizá como todos los días, pero hoy lo sentía diferente. Sentía una gran paz en mi interior. El invierno había pasado y de nuevo los colores y el sol de la primavera nos daban la bienvenida, y eso se notaba en el gesto de todos.

Pronto celebraríamos la boda de Manuela y de Joaquín, y esta vez iba a ser todo en nuestra casa.

Primero la petición de mano. No me imaginaba cómo sería y menos ver a esa mujer en mi casa. No sabía si sería capaz de soportarlo. Cuando decidí que debía dejar que esa relación llevara su curso, sabía que esto podía ocurrir. Acepté que si tenía que pasar, yo no pondría ninguna objeción, pues deseaba cerrar todas las heridas que nuestros antepasados dejaron abiertas y por las que todos estábamos sufriendo.

Los tiempos estaban cambiando y nosotros no éramos quienes para hacer que nuestros hijos y nietos cargaran con los rencores acumulados durante muchos años. Era el momento de dejar atrás el pasado.

Así se lo hice saber a Joaquín. Quería que supiera que las puertas de mi casa y la de Manuela estaban abiertas para su familia, y cuando él creyera conveniente pusiera la fecha y llevaríamos a cabo la petición.

—Muchas gracias Heliadora —me contestó con amabilidad. Mi madre no piensa igual, y no cuento que ella quiera asistir a la petición, y muy probablemente tampoco lo haga a la boda. Serán mis hermanos quienes me acompañen.

—Lamento que sea así —contesté de corazón—. Quien quiera acompañarte, será bien recibido.

—Ya lo sé —se despidió de mí, dándome un beso en la mejilla.

Realmente era un muchacho muy agradable, sabía que Manuela, sería feliz a su lado, era evidente que la quería y la relación con mis hijos era también muy buena.

Todo estaba preparado. Manuela sus hermanos y sus mujeres estaban en el salón, yo estaba terminando de preparar el café y unas pastas especiales que habíamos cocido esa misma mañana. Si a todos les gustaban, sacaríamos algunas a la venta.

Los chiquillos iban y venían y jugaban en el patio. Qué maravilla escuchar sus risas y sus voces.

Llamaron a la puerta, me quité el delantal y fui hacia el salón. Mientras, Juan abrió, y fue saludando uno por uno a los que llegaban, invitándoles a entrar y pasar con todos nosotros.

Allí estábamos. Joaquín, como ya había anticipado, solo venía acompañado de sus hermanos, Francisco y Marcos.

La pequeña tensión inicial se disipó casi inmediatamente, y todos hablaban de una forma jovial. Tomaban sus tazas y las llenaban de café. Sacamos las pastas y viendo que aquello se animaba, preparé rápidamente algunas cosas en la cocina para poder ofrecer algo y alargar la merienda hasta convertirla en cena.

Por un momento sentí pena por María. Nunca sería capaz de perdonar, ni de olvidar. Prefería quedarse sola en un momento así, en vez de disfrutar de la felicidad de su hijo.

Me di cuenta de que yo no podría. Ellos eran para mí lo más importante y sería capaz de cualquier cosa por verles como estaban hoy.

Llegó el momento del intercambio de regalos. Cada uno abrió el suyo y se lo pusieron. La pulsera era preciosa, y el reloj que Manuela había entregado a Joaquín también. Se los veía tan enamorados...

Joaquín se puso en pie, y me llamó a su lado.

—Por favor, Heliadora.

Y comenzó el discurso.

—Quiero darle las gracias, delante de mi familia, por su comprensión, su apoyo y su buen corazón. Sé que el camino hasta aquí no ha sido fácil para ninguno, pero si usted no hubiera sido capaz de entender que el pasado es pasado, y de abrir su corazón a un nuevo presente, no estaríamos aquí. Y es por eso que quiero pedirle, pues mis hermanos también aceptan que sea mi madrina.

—Pero Joaquín...

—No hay nada más que hablar. Quienes queremos estar, aquí estamos, y el que desee lo contrario lo respetaré, como me ha enseñado, pero no impedirá que yo siga adelante con mi mayor deseo.

Su hermano Marcos, se levantó y cogiendo unos de los vasos pidió que brindáramos todos por el enlace. Con aquel brindis todos entendimos que las heridas quedaban cerradas entre nosotros.

Seguimos la velada todavía por un buen rato. Poco a poco se fueron marchando a su casa y dejando la mía vacía y en silencio. Pronto sería así todos los días. Mi casa vacía. No sé si podría acostumbrarme a ello, pero no tenía que pensar en ello ahora.

Recogí todo tranquilamente, salí al patio y regué las plantas. Me senté allí tranquilamente, disfrutando del olor de las rosas, el jazmín y la hierbabuena. Cuando sentí que mis brazos se quedaban un poco fríos, me retiré a mi habitación, sacudí la ropa que me había quitado y la coloqué tras la puerta. Me puse el camisón, y eché sobre mis hombros el chal que me había tejido mi hija el invierno pasado. Me senté en mi mecedora y observé las estrellas. Cómo me gustaba ver el cielo a través de la ventana.

El sueño vino a mí, y me deslicé en la cama. Dormí, como no lo hacía en mucho tiempo.

Empezaron así un ir y venir a mirar telas, a la modista, a la fábrica de muebles. No había tiempo que perder. El 15 de octubre era el día señalado para la boda, y aunque quedaban unos meses, no podíamos dormirnos en los laureles. Durante muchos años, había estado preparando la dote de mi hija y había muchas cosas del hogar de las que gracias a ella no tenía que preocuparse, pero había otras muchas que quedaban por comprar.

Era maravilloso cogerme del brazo de mi hija y salir a visitar las tiendas y que compartiera conmigo todos sus sueños y deseos. Cada día era una nueva ilusión.

Y llego el día de la prueba. Manuela estaba nerviosísima. Por fin podría ver cómo le quedaba su vestido. Se había dejado aconsejar y aunque le habían presentado varios bocetos, no era lo mismo verlo en papel, que ya puesto.

No pude evitar soltar una lágrima cuando la vi aparecer. Estaba preciosa.

—Hija mía, estás guapísima.

Me contuve de abrazarla, pues no quería estropear nada.

La verdad es que Augusta, acertó de pleno con el diseño. Supo resaltar perfectamente su figura, sin perder la seriedad y respeto que el momento requería.

El coche de línea nos había dejado en la plaza del pueblo. Caminábamos de vuelta a casa cuando de una esquina salió María. Se vino hacia nosotras como una loca, y se abalanzó sobre mí sin que me diera tiempo a reaccionar.

—Tú me has quitado todo lo que yo quería. No tuviste suficiente con quitarme a Manuel, que ahora también me has quitado a mis hijos,—gritaba mientras intentaba golpearme.

Manuela hacía todo lo imposible por quitármela de encima, pero estaba enloquecida y su locura le daba una fuerza inhumana.

A los gritos acudieron sus hijos y, sin poder dar crédito a lo que estaba ocurriendo, consiguieron separarla de mí y llevársela, mientras seguía gritando.

—Sufrirás como yo he sufrido, te lo juro.

—Madre, ¿cómo está? ¿Se encuentra bien? —me preguntaba Manuela, mientras que me miraba de arriba abajo y revisaba que no tenía ninguna herida.

—Sí hija, sí, tranquila. Estoy bien, vayamos a casa.

Aceleramos el paso, y llegamos. No sabía muy bien qué hacer, daba vueltas a lo ocurrido, mientras que Manuela hablaba con sus hermanos.

No debía dejar que esto quedara así. Esa mujer había conseguido en muchas ocasiones y de diferentes formas hacerme sufrir. Ahora solo me quedaban mis hijos y no iba a permitir que les pasara nada.

Debía poner aquello en conocimiento de la Guardia Civil. Estuve bastante tiempo en el cuartel, relatando todo lo ocurrido. No me gustaba estar allí, denunciando a la madre de Joaquín, pero ante todo estaban mis hijos y su seguridad. Yo ya era mayor y no me importaba lo que me pudiera pasar a mí, pero sabía que en su retorcido pensamiento, si esa mujer me quería hacer daño de verdad, como me había dicho, no volvería a atacarme a mí, sino a lo que más quiero.

Cuando llegué a casa, me encontré con que estaban esperándome Manuela y Joaquín. El muchacho se abrazó a mí, pidiéndome disculpas por lo que había ocurrido.

—No tengo nada que perdonarte. Tú no eres responsable de los actos de tu madre. Me alegro de que estés aquí, porque quiero que sepas de mi boca que llego del cuartel a donde he ido para denunciar lo ocurrido.

Si bien es cierto que su cara palideció por unos instantes, me miró fijamente y me dijo:

—Ha hecho lo que debía. Mis hermanos y yo intentaremos hablar con ella y explicarle que no está bien lo que ha hecho y que no puede volver a repetirse una cosa así, pero no puedo asegurarle que vaya a servir de algo.

Reconozco que desde aquel día, vivía con algo de temor, pendiente de cada rincón en la calle, de si mis hijos estaban bien, mucho más atenta que lo había estado hasta entonces.

No quería que el miedo se apoderase de mí, pero me resultaba muy difícil. Los meses pasaron y el día más esperado llegó.

Era como si el veranillo de San Miguel se alargara en el tiempo y aquel sábado 15 de octubre brillaba el sol como no habíamos imaginado.

Manuela estaba preparada, y su hermano la esperaba a la puerta de la casa. Cuando la vio salir vestida de novia, no pudo evitar emocionarse. Realmente estaba bella.

Eran poco los pasos que había hasta la iglesia e hizo el trayecto agarrada del brazo de Antonio.

Yo me adelanté, con mis otros hijos, pues Joaquín debía estar esperándome a la entrada de la iglesia.

Allí estaba, acompañado de sus hermanos, nervioso y emocionado al tiempo. Me abrazó como si d uno mis hijos fuera.

—Muchas gracias por todo. Nunca le fallaré, y haré de su hija la mujer más feliz del mundo.

Sus palabras me emocionaron. Y tuve que hacer un esfuerzo por no echarme a llorar.

Entramos y nos colocamos al pie del altar para esperar a la novia. Pocos minutos después Manuela hizo su entrada.

El silencio se apoderó de la iglesia y solo podían oírse leves murmullos a su paso. Muy probablemente halagando su belleza y elegancia en aquel día.

La ceremonia se celebró con el más absoluto respeto, lo que agradeció nuestro querido párroco, que últimamente se quejaba de la poca seriedad que empezaba a demostrarse tanto en las bodas, como en las comuniones y bautizos, que estaban dejando de ser actos puramente religiosos para convertirse en festejos familiares, y que luego no tenían una continuidad de fe en la vida diaria de los asistentes.

Los familiares y amigos esperaban en el atrio la salida de los novios. Al verles aparecer, algunos amigos del novio que eran miembros de la banda de música empezaron a tocar, mientras que el resto gritaba alborozado el habitual: *¡Vivan los novios!*.

Entre tanto bullicio no pudimos oír los gritos que propinaba María, que se dirigió hacia los novios pistola en mano. Todo sucedió en unos instantes. Solo el ruido seco del disparo hizo que el silencio se apoderase del lugar. Le siguieron gritos de terror.

Cuando conseguimos despejar el lugar, la visión fue espantosa. Joaquín había caído sobre Manuela. La sangre les cubría a ambos y solo al volverle, pudimos darnos cuenta que el único alcanzado había sido mi yerno, quien para evitar que fuera Manuela la herida, la cubrió con su cuerpo.

El doctor Girarte, que se hallaba entre los invitados, se dirigió inmediatamente a ellos. Después de un primer reconocimiento a Manuela, y confirmando que no estaba herida, dedicó todos sus esfuerzos en detener la hemorragia de Joaquín. La bala había entrado por la espada, pero no se veía que hubiera salido por ningún sitio. Según nos pudo decir tras una primera exploración, perdía mucha sangre.

El traslado al hospital se hizo lo más rápido posible, y cuando llegaron entró directamente al quirófano. Las horas pasaron lentas y la agonía se apoderaba de los que esperaban afuera.

El cirujano salió, y aunque, les informó de que la operación había salido bien y que habían podido extraer la bala sin que esta hubiera tocado ningún órgano vital, había perdido mucha sangre y hubo que reanimarle pues su corazón dejó de latir.

Las próximas cuarenta y ocho horas serían de vital importancia, pues en aquel momento no podían certificar que estuviera fuera de peligro.

Manuela llegó al hospital al poco rato de haber salido el cirujano, y desde entonces no se separó del que ya era su marido.

Las horas pasaron lentas, y mientras que Joaquín luchaba por permanecer vivo, su madre, sabiendo de lo ocurrido había decidido acabar con su vida. Quizá, aun tratándose de un hecho tan espantoso, fuera la decisión más sensata que había tomado esa mujer en toda su vida.

Ya había causado bastante dolor. Que descanse en paz.

Se cumplió el plazo de las 48 horas y Joaquín estaba respondiendo favorablemente a la intervención. Poco a poco le fueron retirando medicación y haciendo que fuera tomando alimentos por sí mismo. Era un joven fuerte y saludable. Los médicos estaban muy contentos con su recuperación y auguraban una pronta salida del hospital.

Sus hermanos esperaron a que se encontrase casi totalmente recuperado para hacerle saber lo ocurrido con su madre.

Según me contó Manuela, el momento fue desgarrador, cómo los tres hermanos se fundieron en un fuerte abrazo y se prometieron no albergar nunca odio en sus corazones, y que así se lo transmitirían a sus hijos.

Sin embargo yo no podía evitar tener un sentimiento de culpabilidad, por lo ocurrido, que me acompañó el resto de mi vida. Me había enterado de que al poner mi denuncia, la Guardia Civil se personó en el domicilio de María para hacerle entrega de una citación, lo que pudo desencadenar semejante arranque de odio.

Joaquín salió del hospital y sintiéndose con fuerza y ánimo, aceptó la invitación que les había hecho para venir a comer conmigo. Se acercaron mis hijos y sus hermanos para visitarle, y los acompañaron después a su hogar.

Por fin pudieron estrenar la casa que hasta entonces, y desde su boda, había permanecido cerrada, pues Manuela no quiso entrar en ella si no era de la mano de su marido.

Capítulo 17

Vivir intensamente

Era viernes, qué buen día para recibir lo que tanto tiempo estaba esperando, mi vitrina. Me parecía mentira sentir tanta inquietud por un mueble, quizá fuera por la sensación de que al tenerla colocada y con todas las pequeñas cosas que tenía previsto poner en ella, daría por terminada una parte de esta nueva etapa de mi vida.

El teléfono sonó, deje el café en la encimera y lo atendí.

—Buenos días, ¿Laura Márquez?

—Sí, soy yo.

—Hola, le llamo del departamento de Recursos Humanos de Son&Son para que se presente en nuestra oficina el próximo lunes.

—¿Son&Son? — pregunté.

—Sí, el director general quiere mantener una reunión con usted para ultimar los detalles de su contrato.

— ¿Mi contrato?

—Sí, le espera en las oficinas principales el lunes a las 10.30 horas.

—Gracias.

Colgué y entonces fui consciente de la conversación tan absurda que había mantenido. Desde luego que mi interlocutora se habría quedado sorprendida con mi facilidad de palabra.

No podía creerlo, había estado en contacto con ellos hace ya unos meses, y la falta de noticias me habían hecho creer que no habían tenido en cuenta mi solicitud de empleo y que finalmente no había pasado todas las pruebas necesarias para formar parte de su plantilla.

Era un trabajo de ensueño. No solo me permitía realizar mis funciones desde casa en su gran mayoría, sino que además tenía que viajar por España y cada seis meses tendría que ir a las sucursales que tenían en Europa, Asia y América.

Ahora, justo ahora, que creía tener mi vida encaminada, justo ahora aparecía este trabajo. No dejaba de darle vueltas, tenía que tomar una decisión el fin de semana, pues no podía presentarme el lunes y decir.... *Bueno no sé.... Me lo pensaré.*

Tenía que pensar detenidamente qué quería hacer. Llamaron a la puerta. Casi se me había olvidado. Mi vitrina, no tardaron mucho en montarla y colocarla en un lugar privilegiado. Quien entrara por esa puerta la vería. La limpié y coloqué todo en ella.

Cada cosa que allí había tenía un significado muy especial para mí. No hacía falta que nadie lo entendiese. Era algo que quería ver cada día, para que me recordase que hubo un momento en mi vida que, encontrándome perdida, llegue aquí, y poco a poco fui colocando cada pieza del puzle en su lugar hasta dar forma a lo que soy hoy.

Hice la foto como pensé, y casi se me cae el teléfono de la mano cuando vi la imagen en la pantalla.

Allí estaba detrás de mí, podía verla reflejada en el cristal de la vitrina. Era ella. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y un montón de pensamientos llenaron mi mente.

—Que mi casa sea tu casa, que donde un día estuvo mi familia ahora tú formes la tuya. Cuida tu intimidad y abre sus puertas solo a quien de verdad tú quieras que deba estar en ella. Tienes una gran oportunidad en tu mano de hacer lo que tanto tiempo habías soñado, no la dejes escapar, ahora estás preparada —me dijo.

Pasé toda la tarde pensando en ello, e intentando entender a qué se refería. ¿Sería que tenía que aceptar ese trabajo y olvidarme de que aquello fuera una casa rural? Me fui al cine, necesitaba desconectar.

Apenas pude descansar. Ahora que creía tenerlo todo claro me acechaban las dudas. En otro momento, mi parte racional, ya hubiera reaccionado y estaría pensando de forma práctica y sensata qué era lo que más me convenía.

Y sin embargo allí estaba, dándole vueltas a lo que un espíritu quería transmitirme.

Inicié mi rutina diaria de barrer la acera. Aunque pudiera parecer mentira me relajaba y me centraba en lo que quería hacer a lo largo del día. Estaba allí, sacudiendo el enrejado de la ventana, cuando un señor mayor se acercó a mí.

—Disculpe, perdone que la moleste un momento.

—No es molestia, ¿qué desea?

—¿Es la nueva propietaria de esta casa?

Adiviné en su rostro un gesto de admiración al verla y percibí un deseo de entrar en ella.

—Sí, yo soy, me llamo Laura. ¿Conocía esta casa?

—Sí, mucho.

Se trataba de un señor que podría tener fácilmente noventa años.

—¿Quiere pasar? —le propuse.

Me miró sorprendido por el ofrecimiento, pero era evidente que quería entrar.

—¿Desea un café? Está recién hecho.

El hombre aceptó.

Fui a la cocina y al volver allí estaba, delante de la vitrina. Le miré detenidamente y vi que el misterioso hombre estaba llorando.

Noté de nuevo la sensación que tantas veces me había acompañado. Me acerque a él, sabiendo que algo importante iba a ocurrir.

—¿Se encuentra bien? —pregunte.

—Sí, ha sido al ver esa foto. No he podido evitar emocionarme.

—Sin saber muy bien por qué yo también me empezaba a sentir emocionada, y mi corazón se agitaba.

¿Quién era aquel hombre que estaba produciéndome aquella sensación?

—Disculpe, que le pregunte, pero ¿cómo se llama? —le pregunté mientras le indicaba que se sentase en el butacón del salón, y le ofrecía la taza de café.

—Me llamo Joaquín. No he podido evitar al verla barrer su acera sentir la necesidad de acercarme a saludarla, pues no es muy normal que en los tiempos que corren, y menos alguien de su edad, salga a hacer algo así. La anterior dueña, lo hacía a diario.

Cómo si de toda la vida le conociera, empecé a relatarle mi historia con esa acera, y cómo desde que estaba allí cada día cumplía con la misma rutina, y todas las cosas que había vivido desde que había llegado. Él, a su vez, empezó a contarme su relación con aquella casa y la emoción nos invadió a ambos de tal manera que apenas podíamos hablar sin que las lágrimas aflorasen por nuestros rostros.

Entonces ella apareció, más clara que nunca, como jamás anteriormente la había visto frente a mí, y me habló:

—Pídele que me perdone.

Mi cabeza intentó organizar, todas las ideas e imágenes que Heliadora me estaba transmitiendo y, que a su vez, yo debía irle explicando.

Como si de un cuento se tratase, transmití momentos emociones y sensaciones vividas allí por él y por todos cuantos habían habitado esa casa, hasta que de su boca salieron la palabras que Heliadora parecía estar esperando desde hacía muchísimo tiempo.

—¿Perdón? No tengo nada que perdonar, ni muchísimo menos —dijo Joaquín, con la voz entrecortada. —Gracias a ella pude compartir mi vida con la mujer más maravillosa que podría haber conocido.

Me contó que Manuela, su mujer, falleció hacía un par de años y que sus hijos habían decidido llevarle a una residencia, pues sus vidas no les permitían tenerle debidamente atendido. El podía salir y entrar cuando le apetecía e ir a visitarles al pueblo, y a la noche volver allí, para estar bien atendido y vigilado.

Me contó toda su historia vivida en esa casa y entendí muchas cosas de las que hasta ese momento solo había podido tener sensaciones.

Sin darnos cuenta habían pasado casi tres horas. Sentí que era el momento de despedirme no solo de Joaquín sino de Heliadora.

Nos pusimos los dos en pie y, con todo el respeto y cariño del mundo, abracé a aquel hombre que acaba de conocer, sabiendo que más que por mí, lo hacía por ella. Era su forma de agradecerle aquellas últimas palabras hacia ella y hacia su hija. Y fue así como dije adiós a Joaquín, y pude apreciar una de las imágenes más bellas que he vivido. Heliadora estaba cubierta de una luz blanca que iluminaba todo su ser y transmitía a su rostro una paz y una felicidad que nunca antes había visto en nadie.

Aunque la experiencia fue de lo más agradable, también me generó un cansancio fuera de lo normal.

No tardé mucho en acostarme. El domingo pasó sin pena ni gloria, sirviéndome únicamente para descansar y pensar en mi futuro.

Sonó el despertador e inicié mi rutina diaria. Elegí mi indumentaria para dirigirme a la entrevista.

No dejaba de pensar en ello, y no miento si digo que durante todo el viaje no tenía todavía claro lo que iba a hacer.

Llegué puntual y apenas tuve que esperar para ser recibida. La sala era bastante grande. El señor Ballesteros se encontraba sentado en un extremo y me invitó a que tomara asiento enfrente suyo.

Sin preliminares, pasó a relatarme los detalles del puesto, las expectativas puestas en mi persona, y todo lo que esperaban que hiciera, así como la remuneraciones, que superaban con creces lo que yo había estimado.

Apenas sin darme cuenta, estaba leyendo la copia de mi contrato y valorando los pros y los contras de aquella oferta, que no puedo negar era bien suculenta, tanto en compensación económica como en movilidad geográfica.

Aunque pueda parecer increíble, sentí en ese momento la energía de Heliadora que me animaba a firmar aquel contrato. Recordé sus palabras: *Haz de mi hogar tu hogar y crea en él tu familia.*

Aunque no tenía intención de crear una familia en un plazo breve de tiempo, sí que desde que había conocido —o podría decir mejor, sentido— la presencia de Heliadora en mi vida, la idea de dejar entrar a cualquiera en mi casa, cada vez me estaba gustando menos y cada vez más deseaba preservar aquella energía de mi hogar para mí y para mi gente. El hecho de no tener un empleo era lo que mantenía aquella idea con vida y con ella estuve trabajando, pero ahora tenía entre mis manos la mejor oferta laboral que había podido soñar. En poco más de dos años, si todo iba como pensaba, habría podido recuperar mi situación económica de antes de iniciar la reforma y, de

esa forma tener una estabilidad que me permitiría analizar de nuevo mi puesto de trabajo.

Era joven, y aquella oferta solo se tenía una vez en la vida. De nuevo sentí su fuerza, e inmediatamente firmé.

Salí de aquella sala de juntas casi con idéntica ilusión a la que sentí cuando firmé la hipoteca de mi casa.

Llegué, abrí la puerta, colgué el bolso y el abrigo en el recibidor y me fui hacia la vitrina. La miré muy detenidamente y, desde el fondo de mi corazón le lancé el más sincero de mis agradecimientos.

Gracias por acompañarme en esta aventura, por hacerme mejor persona, por enriquecer mi vida, por hacerme crecer y evolucionar, por enseñarme una parte de la vida que aunque no dudaba que existiera, me daba tanto miedo que no me atrevía a sentirlo y que de tu mano me ha resultado una experiencia maravillosa. Gracias y mil gracias.

No me costó en absoluto adaptarme a mi nueva vida. Aunque las jornadas laborales eran frenéticas. Muchos días también los tenía de descanso. Y qué decir de los viajes, me encantaba. Ya había estado en ciudades como París, Amsterdam o Roma. Intentaba aprovechar las semanas al máximo y ampliar, por mi cuenta, los fines de semana, para que Javier, que se había convertido en algo más que un amigo me pudiera acompañar.

Al principio era un poco reacio al tema de subirse a un avión, pero le fue cogiendo el gustillo, y ya había conseguido que fuera el quien me propusiera acompañarme.

Quién me iba a decir que en tan poco tiempo mi vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados.

Y después, volver a mi casa, respirar su energía que seguía recargándome cada vez que lo necesitaba. Solo tenía que bajar a la cueva un rato y subía como nueva. No dejaba de sorprenderme.

Me sentía plena. El puzle estaba completo. Heliadora formaba parte de mí de una forma inexplicable.

Podía sentir en cada rincón su energía, y sentía que era ella quien me cuidaba y guiaba. Que había puesto en mi camino todo aquello que ahora me hacía tan feliz.

Tras mi conversación con Joaquín pude conocer que aunque en los años más jóvenes de Heliadora su vida, había tenido muchos momentos de verdadero drama y dolor, sus últimos años estuvieron llenos de felicidad.

Lejos del miedo que sentía a quedarse sola, eso nunca pasó. Estuvo acompañada hasta los últimos días de su vida. Manuela, que era la que más cerca vivía de ella, no dejó de atenderla y estar a su lado. En todo momento se preocupó de cualquier cosa

que pudiera necesitar. Contó con la ayuda de sus hermanos, que estaban siempre disponibles para hacer todo lo que de ellos se precisara.

No dejaron de asistir cada domingo a comer a la casa, si no lo hacían todos juntos, se iban uniendo a lo largo de la tarde.

Era tan fuerte su personalidad y había inculcado tal sentimiento de unión y de familia en sus hijos, que estos habían conseguido que sus respectivas parejas lo aceptasen de buen agrado, y que a su vez todos ellos se lo transmitieran a sus hijos, y deseaban que estos lo transmitieran a los suyos.

Era ese sentimiento el que me invadía en muchísimas ocasiones, como si cada una de las paredes se hubiera impregnado de él y yo pudiera percibirlo sin mayor problema e hiciera que creciera en mí un instinto de protección que por todo lo que hoy conocía se asemejaba mucho al que Heliodora tenía.

Era como si una parte de mí fuera Heliodora. No como si fuera un espíritu, sino como si ella se hubiera quedado conmigo, estuviera dentro de mí, trasmitiéndome su fuerza y su visión de la vida. Aún tratándose de una mujer nacida en los primeros años del siglo XX, tenía el convencimiento de que era una persona adelantada a su tiempo, que había sabido defender su posición en una sociedad totalmente machista y donde la mujer estaba sometida al criterio y deseo del hombre, y mucho más del que era su marido, al que debía todo.

Ella supo rebelarse, y hacer valer su criterio y sus pensamientos por encima de todo eso, y aunque las circunstancias muy probablemente la obligaron a guardar las apariencias en muchas ocasiones, supo sobreponerse a todo y convertirse en el pilar de su casa, de su negocio y de su familia. Era una referente en el pueblo.

Su casa, la que ahora era mía, se había convertido en un centro de reunión donde hijos y nietos pasaban grandes momentos. Cumpleaños, bautizos, Navidades.... Y las noches de Reyes eran maravillosas. Todos juntos, abriendo sus regalos.

Coincidíamos hasta en eso, la noche de Reyes, era para mí la mejor noche del año.

Y de alguna forma yo había heredado mucho de ella. De hecho ya habían sido varias las personas, que por mi forma de actuar y mi comportamiento habían pensado que era nieta suya.

Recuerdo el día que Javier me presentó a su familia. No tuvo mejor idea que hacerlo a lo grande y me invitó a una comida familiar, con motivo de su cumpleaños.

Mi presencia y mi forma de expresarme habían causado gran estupor en todos ellos, pues veían en mí muchas cosas de Heliodora que no conseguían explicar cómo eran posibles pues no teníamos ninguna relación familiar.

Quizá eso también ayudó a que mi relación con Javier, aunque no empezó con muy buen pie, fuera cada día a mejor y tuviéramos una complicidad que ninguno habíamos

tenido con nuestras anteriores parejas.

Todo era muy fácil entre nosotros. No discutíamos, hablábamos todo y sabíamos defender nuestras opiniones con máximo respeto. Todo era muy especial. Era evidente que nos estábamos esperando.

Nuestras vidas fluían y nos llevaban por momentos llenos de diversión, amor, intensidad... Y eso lo trasmitíamos a quienes estaban a nuestro lado en nuestros trabajos y en nuestro día a día.

Y era así como quería vivir. Intensamente.

Índice

- [Capítulo 1: Nuevos tiempos 7](#)
- [Capítulo 2: La vida continúa 15](#)
- [Capítulo 3: Visitas de ayer 23](#)
- [Capítulo 4: Ya nada volverá a ser igual 29](#)
- [Capítulo 5: Descubriendo nuevos espacios 35](#)
- [Capítulo 6: Fantasmas del pasado 41](#)
- [Capítulo 7: Perdiendo el miedo 51](#)
- [Capítulo 8: Noche de paz 59](#)
- [Capítulo 9: Pasando página 67](#)
- [Capítulo 10: En lo bueno y en lo malo 77](#)
- [Capítulo 11: Parte del lugar 89](#)
- [Capítulo 12: Encuentros inesperados 97](#)
- [Capítulo 13: Cada vez más cerca 111](#)
- [Capítulo 14: Cicatrizando heridas 121](#)
- [Capítulo 15: Decorando la vida 133](#)
- [Capítulo 16: Amor y odio 139](#)
- [Capítulo 17: Vivir intensamente 149](#)